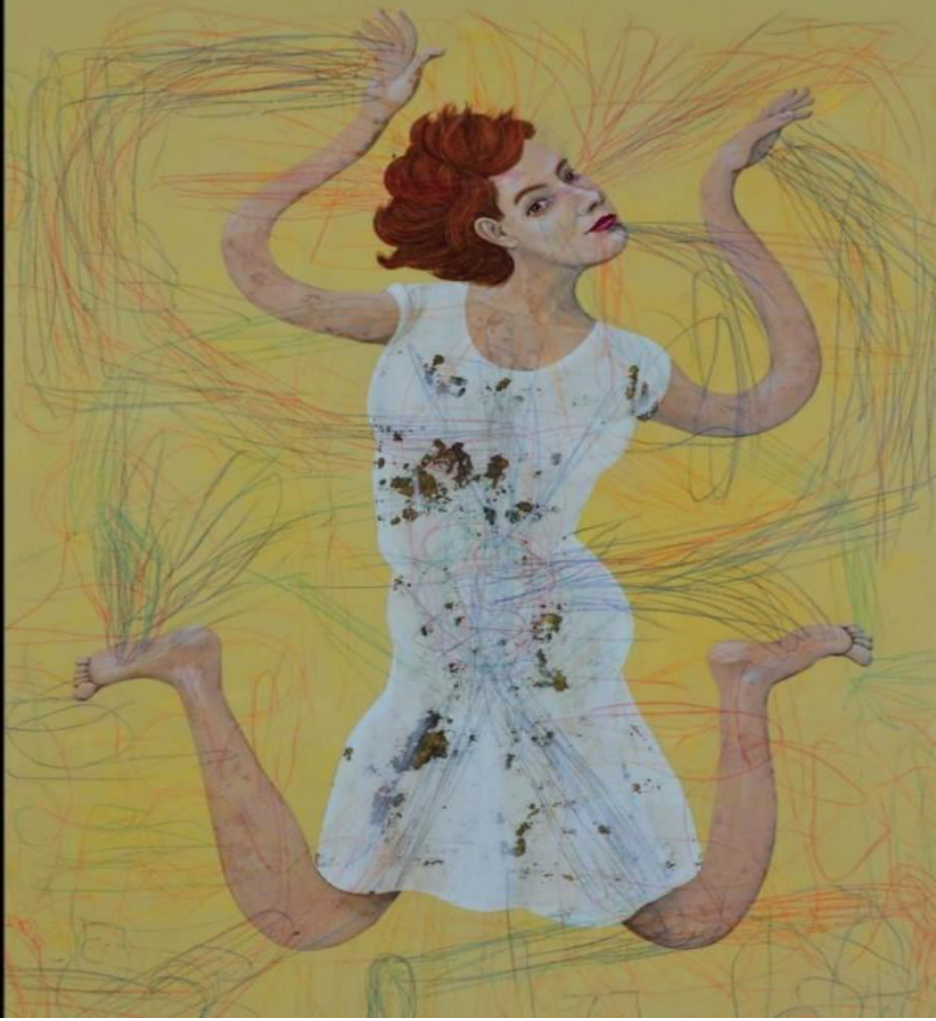
ALFAGUARA

Inés Garland

Diario de una mudanza



Narrativa Hispánica

Inés Garland

Diario de una mudanza

ALFAGUARA

A mi abuela, mi madre y mi hija

El mes de marzo del año en que las fichas de los médicos anotan mi menopausia se murió mi padre. No podría recordar una fecha precisa de mi menopausia, también tardé varios años en recordar la fecha precisa de la muerte de mi padre. En su agonía me empezaron a salir ronchas en los tobillos y los empeines. Eran manchas más claras, desiguales, los médicos me las medían, hicieron una biopsia, el resultado eliminó la sospecha de que fuera una de tres o cuatro posibles enfermedades autoinmunes. Alguien dijo que podía ser una forma de lealtad a él.

Dos meses más tarde mi hija se fue de casa. Me dijo: “Hagamos la división”. ¿Qué división? Le compré vasos, le di platos, tazas, olla, sartén, cosas sueltas. Armó grandes cajas. Me daba felicidad por ella, no podía decir nada de nido vacío porque después del divorcio nunca sentí que nuestra casa fuera un nido. Era un lindo departamento, pero no era un nido. El día que se fue, la veía pasar para un lado y para otro cargada de cosas y era como si pasara a contraluz por la entrada de la cueva, con sus patas flacas y largas y su vida por delante. Esa noche, detrás de mi cabeza, en la pared que yo usaba de respaldo de la cama, y del otro lado era la pared de su cuarto, creció un hueco inmenso, como el de una mina o un futuro edificio.

En esos días entendí que los fríos y los calores que había empezado a tener en medio de la noche eran el principio de otra cosa. Me tenía que mudar.

Todas las noches a las cuatro me despertaba helada. Me envolvía en el edredón, me ponía medias. Siempre odié las medias en la cama, pero el frío podía más. Me hacía un ovillo, me encogía como un feto. Nada alcanzaba. Trataba de volver a dormirme. ¿Por qué nadie habla de los fríos de la menopausia? De esos fríos que parecen venir del futuro, de los propios huesos enterrados. Aparecían aunque fuera verano y yo estuviera toda tapada. Me levantaba, iba al baño, llenaba mi palangana roja de agua hirviendo y metía los pies. Me los escaldaba. A veces tenía que sacarlos para que no se pelaran los empeines. Acostumbrarlos de a poco hasta que toleraran la temperatura del agua. Era lo único que aliviaba el frío. Volvía a la cama, me ponía otra vez las medias, trataba de dormir. A veces tenía tanto sueño que solo atinaba a esperar. A los veinte minutos exactos, el calor. Un volcán en erupción. Empapada. Los muslos, los brazos, el pecho, el cuello, la cara, el nacimiento del pelo, la nuca. Terminaba pateando las sábanas, las frazadas, las medias. Después, aparecía el insomnio. Eso también era nuevo para mí, el insomnio, la catástrofe inminente en medio de la noche.

Imágenes de mi vida cruzaban sin cuento. Mi cuerpo flaco en uniforme entrando al colegio a los once años, sabía que era a los once años aunque lo que veía podría haber sido en otro momento, las piedras grises del edificio, mi pelo rubio; la imagen guardaba un secreto, la semilla de todos los males de mi vida. Me sobresaltaba la certeza de que ahí, escondido pero a la vista, había algo muy importante. El corazón parecía colgar en un espacio inmenso abierto en medio del pecho, pum, pum, pum, pum, pumpumpumpum… un galope desequilibrado. Perdía ritmo cuando me acostaba en la oscuridad.

Como la sobreviviente de una catástrofe, miraba extraviada buscando la zozobra en las cosas a mi alrededor. Los sobresaltos

provocaban la arritmia o la arritmia provocaba los sobresaltos. Nunca se aclaró.

Terapias, talleres, constelaciones, brujas, astrólogos, oráculos: runas —ehwaz: comunicación, viajes, mudanzas; hagalaz: desterrar malas influencias y conductas negativas, asimilar errores—, I Ching —El lecho se desintegra hasta la piel. Desventura. A un pozo viejo no acuden animales—; me dediqué con ahínco a diferentes rutinas: alinear los chakras, andar en bicicleta, sentarme a meditar, bailé diferentes disciplinas —5 Ritmos, Movimiento Vital Expresivo, Milderman—; me acosté horas en el piso guiada por el método Feldenkrais, la antigimnasia de Thérèse Bertherat; me encorvé para entrar en temascales llenos de humo; incursioné en el ayurveda, en la medicina china; me entregué a sesiones de acupuntura, a masajes tailandeses, californianos, suecos, shiatsu, kobido.

A las cuatro de la mañana, no importaba si había tomado whisky o agua, si había comido verduras o chorizos, si había bailado o me había quedado en la cama viendo series todo el día, aparecía el frío.

Me olvidaba de casi todo, menos de ese frío.

Me decían:

Es un pésimo momento para vender.

Nadie se mueve. No te muevas. ¿Adónde vas a ir?

No vas a encontrar nada. No vendas. Tu departamento es un cheque al portador, pero hoy en día no se vende nada.

Hoy en día nadie quiere mostrar la plata.

Hoy en día hay que pensar en un mínimo de un año si lo ponés en venta ya mismo.

Se vendió en menos de un mes a un hombre bajo que recorrió el departamento con cara de que evidentemente yo no era consciente de los horribles defectos que ellos iban a estar dispuestos a aceptar solo si les bajaba el precio, y dijo muchas veces lo alta que yo era. Le regalaron mi departamento al hijo menor que trabajaba en el campo y viajaba mucho al campo y cuando venía del campo querían que tuviera ese departamento porque la vida del campo es una vida dura y él estaba muy solo en el campo y no era un campo cerca y entonces querían regalarle. Hicieron una oferta mezquina que tuve que regatear de a centavos y después no aceptaron que me quedara hasta conseguir algo. Vi muchas casas en pocos días.

Fantaseé con ser nómade, con vivir en un hotel barato y dejar mis pertenencias en un depósito, con deshacerme de todo. La andariega, el Loco del Tarot con el palo y el atadito de tela en la punta. Mis cremas, mis remedios homeopáticos y mis libros indispensables llenarían un atadito del tamaño de un baúl.

Me decían:

Que la casa sea segura.

Estás loca, habiendo vivido siempre en el centro.

Yo quería irme. Me negué a dejarme asustar, pero después, cuando visitaba casas posibles, imaginaba intrusos violentos ocupando de noche los pequeños jardines a la calle.

En mi recuerdo llovió durante semanas, día tras día mientras buscaba una casa y no la encontraba.

De los veinte a los treinta años me mudé catorce veces, las primeras tres en un radio de siete cuadras. Empecé con un par de bolsos, seguí con cajones de la verdulería que llevaba sobre la cabeza, mis petates, mi vajilla, mis libros, hacía circular por las mismas calles una biblioteca escasa que crecía de mudanza en mudanza. El destino parecía empecinado en mantenerme en la zona de Barrientos y Barrientos, cerca de la plaza, apenas salvaguardada del tráfico enloquecedor de Las Heras y Pueyrredón, el zumbido de la ciudad siempre, por debajo, por encima; la sensación nueva de que ese espacio estaba habitado por otros que vivían solos como yo, que se asomaban a los balcones al anochecer, caminaban por la calles, sus pasos, sus gritos, sus peleas, sus llantos resonaban en el aire de la noche; como si antes, en la cueva familiar, hubiera tenido los oídos tapados.

Pasé de un departamento prestado —el dueño vivía en California y me obligaba a exiliarme en lo de distintos amigos cada vez que visitaba Buenos Aires, primero una vez cada tres meses, después cada dos, después mensualmente— a un monoambiente con mi cama como único mueble y la copa de los árboles del otro lado de la ventana; de ese nido verde pasé a un dos ambientes frente a un colegio, el estallido de la algarabía de los recreos organizaba la mañana, me obligaba a tomar conciencia de que existía el tiempo ahí afuera, para los demás. Yo trabajaba de noche en un restorán con discoteca en el subsuelo, acompañaba a la gente a la mesa, terminaba mi turno y bajaba a bailar, me acostaba a la madrugada, había perdido la noción de orden. La última mudanza de esa etapa fue a otro país del que volví enferma tres meses más tarde.

De pronto —cuarenta años después es “de pronto”, sí—, esa que había sido, tan osada y llena de vitalidad, ya no estaba más, me había

convertido en una insomne que no sabía adónde ir y no quería más dificultades.

En esos días grises y lluviosos, malos para ver casas, yo veía de a tres por día. En un mismo martes vi la casa cubo de una mujer con un flequillo combado hecho con cepillo redondo y varios diplomas de un curso de reconocedora de euros colgados en la pared, el chalet con techo a dos aguas de unos franceses con un cuadro de Bob Marley en la cabecera de la cama y todo el aspecto de no estar mostrando una mazmorra con instrumentos de sadomasoquismo, y una casa con techos tan bajos que la recorrí agachada sin descartar la posibilidad de vivir el resto de mi vida en esa posición. Al final del día entré, por primera vez, a la casa de Dani.

Abrió por una puerta al costado. Una escalera subía al primer piso, donde vivía un matrimonio. La entrada a la suya quedaba en la planta baja. La vendedora de la inmobiliaria y yo avanzamos detrás de la mole del cuerpo de Dani.

Contra la pared del primer cuarto había una cama grande sin sábanas, varias frazadas raídas se superponían en desorden. Una punta gastada del colchón de gomaespuma asomaba por debajo de la frazada; la cabecera tenía una mancha gris, deduje que él apoyaba la cabeza ahí para mirar la televisión, que estaba a los pies de la cama. El ambiente olía a pis y a aromatizante floral. En el segundo cuarto había otra cama con un bastón canadiense a la izquierda y un andador a la derecha. El cuarto de mis padres, dijo Dani, fallecieron. Un Dani niño con traje de karate y la misma expresión de candor con la que me mostraba la casa miraba desde un portarretratos en la mesa de luz. Tuve la impresión de que todavía abría los ojos a la mañana con la esperanza de que su madre fuera a despertarlo. La casa era oscura, las ventanas chiquitas. Una gran mancha de cemento gris nublaba el techo del living. El del baño estaba moteado de hongos negros, ese hongo que parece del reino de los insectos. También había mosquitas, enjambres de mosquitas. Y carteles alrededor del espejo:

Mi apetito y mi hambre ya no tienen dominio sobre mí.

Me estoy convirtiendo en la mejor versión de mí mismo.

Estoy seguro de tener éxito en mi viaje de pérdida de peso.

Estoy sano y en forma y me amo.

—Está triste —dijo Dani, señalando una jaula en la cocina.

—Está triste porque está sola —dijo la mujer de la inmobiliaria—. Es una canaria y tenés que comprarle un canario.

¿Qué fue lo que me decidió?

Esa tarde quise escribir sobre esa visita.

Mandó a arreglar la humedad del techo del living hace cuatro años y fue postergando el momento de pintarlo. La excusa es pobre y él lo sabe, y hay cierto resentimiento por debajo. ¿Por qué tiene que explicarle a esta mujer que no conoce una decisión que ni siquiera tiene demasiada conciencia de haber tomado? Él está todo el día en el taxi, no pretenderá ella que, con sus ciento cincuenta kilos, él se suba a una escalera. Pero tal vez ella no pretenda nada. Habla de tirar la pared de la cocina y de poner macetas en el patio. Dice algo del baño. Va a transformar su casa, la casa de su padre, la casa de su madre. Y él ya no va a vivir allí. Vence el contrato del matrimonio y él va a vivir en el piso de arriba hasta que su hermano lo obligue a venderlo, como a esta planta baja que él no quisiera abandonar. La mujer de la inmobiliaria le está diciendo que tiene que conseguir un canario. Es una mujer gorda, menos gorda que él, pero gorda, con el pelo tirante hacia atrás y un perfume dulzón, uno de esos perfumes de feria naturista más que de perfumería. Las mujeres lo dejan con el canario y salen al patio, él escucha la voz de la compradora que dice algo de la rosa china. La escucha decir “rosa china” con alegría. A su mamá le gustaba mucho esa planta. Es bueno que a la mujer le guste la planta que le gustaba a su mamá.

A la rosa china le va a gustar esta lluvia.

Cuando la casa ya era mía y Dani se había mudado al departamento de arriba, fui a podar la rosa china. Apareció de pronto, esquivando los escombros; había visto la puerta abierta y entró. Dijo que su madre amaba la rosa china, que siempre la podaba, así como estaba haciendo yo.

Ese día decidí que fue la madre de Dani la que me hizo comprar la casa.

Debería haberle pedido permiso a ella para tirar abajo paredes. El arreglo que iba a durar tres meses duró nueve. Los muertos pueden complicar las cosas.

En los nueve meses de espera alquilé un cuarto en una pequeña torre al fondo de un jardín. Puse mi cama contra la ventana, un bargueño con poca ropa, una mesa con mi computadora; en el piso, pilas de libros. Hubo domingos de primavera enteros en la cama leyendo y escribiendo con la ventana abierta. Navegaba por la web. Anotaba cosas al azar, en mi cuaderno, en los bordes de los libros que leía, en las libretas que llevo en mi cartera, les hacía notas a las anotaciones. A veces se convertían en diatribas, una escritura entrecortada, fragmentada, desordenada, a borbotones melancólicos o furibundos.

En la lectura de esos cuadernos y esas libretas me encontré con los primeros bosquejos de un dibujo incompleto. A mi cuerpo le pasaba algo que tardé años en dilucidar. Los síntomas parecían desordenados, no se me ocurrió al principio que respondieran a nada específico. Nadie me había hablado de la menopausia. Di con algo que no encontraba en los recuerdos puntuales. Escribir es dejar que emerja una verdad que parece estar por debajo de lo que pasó.

De generación en generación, de mujer en mujer decían en mi casa que a partir de cierta edad ya no se trata de agradar sino de no desagradar. A partir de cierta edad es la manera de llamar a la menopausia. Jamás oí decir esa palabra cuando las hembras de mi jauría la atravesaban. No estoy tan segura de que la menopausia se atraviese. Más bien diría que es ella la que nos atraviesa a nosotras.

La palabra menopausia es un cultismo creado por Charles de Gardanne, médico francés del siglo XIX, un hombre con anteojitos y boca de corazón. 1816 *ménespausie*, 1821 *ménopause*, con las palabras griegas para mes y pausa. El diccionario dice que los cultismos se transmiten por escrito y pertenecen al lenguaje más literario, al lenguaje "esmerado", que no son palabras que usa el común de la gente. Menopausia parecería ser una excepción. Es un cultismo que usa el común de la gente. ¿Por qué no sufre modificaciones? Estaba instalada ahí y me la encontré de repente, me llevó por delante. O por detrás. Por detrás, más bien, la muy traidora.

Los médicos del siglo XIX creían que las mujeres que trabajaban en ocupaciones "poco femeninas", como las pescadoras y las campesinas, eran las más propensas a una menopausia precoz. Esos médicos victorianos también creían que a las mujeres menopáusicas les crecían escamas en los senos y presentaban una irracionalidad mórbida y "pérdida de la gracia femenina".

Tal vez por eso no me la mencionaban.

No tengo escamas en los senos, pero en las reuniones por Zoom, que parecen haberse vuelto inevitables, miro con sobresalto mi cuello, mis párpados cada vez más encapotados. Cuando estoy acostada en la cama y me distraigo, me topo con la piel de mis piernas como hollejo seco o trechos como el revoque de un mal albañil. Camino por el pasillo del cuarto al baño y me agarro el culo. Escribo la palabra y me aparece la preocupación por el nivel de lengua. Culo es tan coloquial,

tan de la calle. O de la intimidad. Nalgas, ancas, trasero, grupa. No. Culo. En un poema, Bukowski habla de las mujeres que estuvieron con él y se levantaban de la cama después del amor; las ve de espaldas, dice los *bashful buttocks in the dark*. ¿Los culos pudorosos en la oscuridad? No. Pudorosos está en el extremo opuesto al nivel de lengua de culo. Avergonzados es mejor. Culos avergonzados. El cuerpo y la vergüenza. En mis traducciones, la tarea de nombrar el cuerpo en mi propia lengua es un deseo consolidado. Me agarro mis *buttocks*. Una vez, a los cuarenta y tres años, me di cuenta de que mi culo era hermoso, que había sido más hermoso aún, firme y redondo. La revelación me llegó cuando vi una foto que se había sacado mi amante mordiéndolo. Su *selfie* y mi culo hermoso.

Camino con los brazos hacia atrás y lo toco, el glúteo derecho con la mano derecha, el izquierdo con la mano izquierda. Puedo hacer un manojo con su blandura. Nunca había sido así. Era hermoso y yo no lo sabía.

Lo que descubrí hace poco es peor que lo que le pasó a mi cuello, a mis párpados, a mis tetas, a mi culo hermoso (con qué facilidad le pongo el adjetivo ahora que siento que es tarde). Me refiero al suelo pélvico. ¿A quién se le ocurrió llamarlo así?

Siglo XVIII: “Una mujer que adornaba anteriormente los círculos de la sociedad por su belleza busca ahora en vano los ojos de aquellos con quienes se encontraba. La menopausia era considerada un sinónimo de muerte social”.

La marquesa de Merteuil en *Las amistades peligrosas* encuentra el modo de no morir socialmente, pero no le dura mucho. La vejez la ofende, sus estrategias la envenenan, se va convirtiendo en una harpía en su lucha de poder con el vizconde de Valmont y termina puesta en evidencia y exiliada de la sociedad.

Leí el libro cuando era demasiado joven para compadecerla, ahora siento más pena por ella que por madame de Tourvel, que se horroriza de perder su virtud. ¿Será que los años también me convirtieron en una harpía?

En el siglo XIX “los esfuerzos que hacían muchas de esas mujeres por mantener su estado anterior eran criticados por los médicos como fútiles y peligrosos debido al uso de medicinas impropias”. Las medicinas impropias de la época consistían en sangrías y purgas para equilibrar los humores, con la debilidad y la deshidratación como resultado en la mayoría de los casos. Se hacían tratamientos con mercurio y arsénico que provocaban efectos secundarios severos, daño neurológico, insuficiencia renal y muerte, y se recetaban opio y láudano a pesar del gran riesgo de dependencia. La histeria era el diagnóstico para una amplia variedad de síntomas femeninos, incluidos los de la menopausia; los tratamientos incluían masajes pélvicos y otros métodos para lo que llamaban “paroxismos histéricos”, un eufemismo para los orgasmos. No todo es malo: a estos métodos les debemos la existencia del vibrador. También se aconsejaba a las mujeres que usaran corsets y ropa ajustada para tratar problemas de salud porque se creía que estar fajadas le daría forma y soporte al útero.

Me resultan vagamente familiares esos consejos. Me gusta pensar que en el futuro escandalizarán aún más las redituables medicinas impropias de nuestra época.

Descripciones de mujeres en la menopausia:

Marchita, decrépita, descarnada, fláccida, seca, osteoporótica, con agotamiento ovárico, incapacidad de producir hormonas, folículos y ovocitos.

Se le atribuye a Freud la frase: “Las mujeres menopáusicas son pendencieras, obstinadas, mezquinas, sádicas, anales neuróticas”. No voy a buscar el significado específico de anales neuróticas (seguro que en alemán es una sola palabra larguísima). Si no lo dijo Freud, no es raro que se lo atribuyan.

Hubo un tiempo raro antes de mi menopausia propiamente dicha. Fueron los dos o tres años del principio del climaterio. Me gusta más esa palabra que “menopausia”, tiene algo de azar meteorológico, de inundaciones y huracanes. Creo que, mientras pude, miré para otro lado. Está muy bien. Ser precavida no me hubiese servido de nada. Tengo una foto en blanco y negro que uso mucho para las solapas de mis libros y las convocatorias a mesas redondas o a talleres, una foto extraña, no estoy mirando a cámara. Me la sacó un fotógrafo alemán con teleobjetivo. Lo que él no podía saber, pero yo recuerdo perfectamente, es que en esa cena de la inauguración del festival, rodeada de escritores de distintas partes del mundo, en esa primera noche de encuentros y celebración, en el preciso momento en que él, el fotógrafo oficial del festival, apretó el disparador, yo estaba mirando hacia abajo en el medio de un ataque. Yo la veo y sé. Me acuerdo porque apenas la sacó me la vino a mostrar. Quería salir corriendo de esa mesa o decirles a todos: ¿Saben lo que me está pasando? Me corre la transpiración por la espalda, tengo la nuca empapada, las piernas mojadas, me está saliendo agua de adentro como si mi cuerpo estuviera agujereado. No puedo más.

Nadie sabe nada de los otros.

Tuforada, sofoco, bochorno, turbación. Los calores de la menopausia, *flash*, *vampate di calore*, *bouffeés de chaleur*, ondas de calor, *Hitzewallungen in den Wechseljahren*.

Por muchos años después del divorcio, salía a la noche y pensaba que a lo mejor iba a conocer a alguien. “Conocer a alguien”, otra expresión rara. Existía la posibilidad de no volver a casa. No sé por qué pensaba eso, casi nunca me quedé a dormir en casa de alguien que acababa de conocer. En el tiempo previo a la menopausia dejé de sentir esa promesa cuando iba a salir. Sabía que iba a volver a casa. Era como si me hubiera jubilado, nunca más en la vida me pasaría nada ligado a enamorarme o a desear.

El sueño romántico resucitó de repente, como si hubiera estado subiendo lentamente en un carrito de montaña rusa y ahí arriba, a punto de despeñarme, apareciera, sin objeto de amor a la vista, el deseo de romance, más aferrado que nunca. Me preparaba para salir y me decía “a alguien podría gustarle”. Era una ilusión frágil.

Al uraniano lo conocí en un festival en esa época. Me habían dicho que siempre había encuentros en los festivales. Yo no lo creía. A mí nunca antes me había pasado nada en un festival.

El primer día él me vio sentada en el taburete del bar del hotel y dijo que yo lo miré de una manera. No sé de qué manera lo miré, el terror siempre tuvo la misma intensidad que el deseo, mis mensajes son contradictorios. El uraniano no hizo caso a la contradicción. Entendió. Nos escapamos por las calles aledañas al hotel de esa ciudad marina, calles mal iluminadas, casas bajas, de chapa, árboles como presencias en la oscuridad, una humedad caliente con el olor dulzón de la fruta podrida. En el bar había algunas mesas ocupadas por parroquianos con la atención fija en un gran televisor sin sonido, el chisporroteo de cosas fritas detrás del mostrador, las manos grasosas, una montaña de servilletas con aceite que íbamos amontonando frente a nosotros, su boca y los ojos que no se perdían detalle. Nos contamos

cosas, pocas, hablamos de nuestra visión de la vida, una conversación a la pesca de coincidencias. Pusieron música fuerte. Afuera, las sillas apiladas, las mesas en grupos pegados, en distintos lugares, una grande, suelta. Nos pusimos a bailar alrededor de esa y fuimos ampliando el territorio. Bailábamos alejados, separados por las mesas y de a ratos él me perseguía y yo lo eludía, al son de la música, y de pronto lo dejaba alcanzarme, pero no nos tocábamos, nos merodeábamos sin bajar la mirada, nos alejábamos otra vez, poníamos mesas entre nosotros, pero era como si bailáramos pegados, comiéndonos la cabeza como mantis. ¿Cuántas horas bailamos en el aire dulce y podrido de la noche? En el camino de vuelta nos tocábamos, las manos me resbalaban por la transpiración de sus brazos, de su espalda, nos besamos contra la corteza de un árbol en la parte de atrás del hotel. Él era más bajo que yo, más joven, tenía los brazos flacos y musculosos y una avidez en espejo con la mía.

Nos despedimos en el ascensor. Al día siguiente, después de la mañana de presentaciones y el almuerzo con los colegas, me invitó a su cuarto. Me senté en el borde de la cama con los pies colgando como una niña. Él se sentó a mi lado, mi compañerito de clase, obediente. Se rio de mí, de la niña católica, hija de mi madre, nieta de mi abuela de callos en las rodillas. No le daba miedo entrar en la boca del deseo.

En el cuerpo, en el centro del universo entre mis piernas no había cabecera ni pies. No había habitación. No había festival ni mesas ni exposición ni lecturas ni lectores. Había mamuts y tigres dientes de sable y mis dientes y sus dientes y la lengua, mojada, esponjosa, blanda como un alga, carnosa, entre mis piernas y en los flancos y en la nuca ofrecida, cáliz. No había donde terminaba mi cuerpo, donde empezaba el suyo. Mi casa con todas las puertas y ventanas abiertas por donde entraba él con su hermosa arrogancia y su mundo otro.

Cinco días. Mi construcción en marcha desde el primer día. *Mi sono innamorata di te. Eu sei que vou te amar. Ho capito che ti amo. I'm leaving on a jet-plane. Madame Mariposa. Negue.* ¿Soy linda? ¿Soy linda? ¿Le sigo gustando? ¿Vamos a seguir viéndonos?

El agradecimiento gozoso se parece tanto al amor.

A la vuelta estaba sentada en mi asiento del pasillo del avión. Tan

tonta contenta de estar juntos en el vuelo, de haberme animado a proponerle el cambio en el check-in. Sentémonos juntos. Pareció tan fácil. No sabía cómo iba a seguir el cuento en unas pocas horas, pero ahora estábamos en el avión. Apenas despegamos, él se fue a visitar a la chica de prensa tres filas más atrás. ¿Quién camina por un avión y se cambia de lugar en un vuelo de tres horas? Había dicho que con ella eran solo amigos. Como los famosos. No me tranquilizaba que fueran solo amigos, él decía que con sus amigos tenía sexo. Y con los desconocidos. ¿Yo qué era? Ya no era una desconocida, pero tampoco era una amiga. Hacía apenas unas horas habíamos estado en la cama. Me había sentido la diosa de los muchos brazos, la gran cueva refugio de todos los peces del mar, Eva, y mujeres y más mujeres. Pero después vino la invasión de esa otra forma del amor, esa otra cosa, ese edificio que había construido, que construyo mientras levanto la ropa del piso para vestirme. Tan atrevida que me sentí y ahora estaba sola en la 37 A y B y él, tres filas más allá, arrodillado en el asiento de al lado de la chica de prensa, el cuerpo girado hacia ella, las manos aferradas al respaldo de atrás y de adelante, como una jaula amorosa y ella se reía linda y joven y él hacía esas torsiones ínfimas con el cuerpo, como los gatos cuando van a saltarle a una presa.

Nos habíamos jactado de nuestros espíritus independientes, de no leer mensajes para otros, de no revisar billeteras ni bolsillos. Nos declaramos libres y anárquicos. Asentí con cada punto de su enumeración.

Relationsanarki:

La exclusividad sexual es inadmisible.

El amor es abundante y cada relación es única.

Hay que respetar la independencia de los demás.

Amor y respeto, no reglas y reclamos. Así se evitan las decepciones.

Pensé mientras lo escuchaba que la anarquía y las reglas me sonaban a oxímoron, pero, con las piernas enredadas en las suyas, recuperando el aliento, adherí como una militante recién convertida. En el avión quise abalanzarme sobre la mochila que él había dejado debajo del asiento y revisársela. Su teléfono, sus mensajes, su corazón eran míos ahora. ¿Soy linda? ¿Soy linda? Fingí calma. Siempre finjo

calma.

Hubiera sido intolerable para mí que él y yo hiciéramos el teatro de amarnos. Pero quería más. Siempre quiero más. Se me apareció la palabra “expoliada”. Era insostenible, ridícula. Él tenía cosas más interesantes que hacer, más livianas. Lo odié por eso. Un odio como una vieja pintarrajeada.

Meses de anarquía en esa relación. Era fácil, él me llamaba y yo iba, yo lo llamaba y él venía. Cuando bajaba a abrirme la puerta lo veía avanzar por el pasillo y sentía desconcierto, creía que esa vez no iba a ser posible el sexo con él, que ese balanceo de mujer en una pasarela no me gustaba, que su sonrisa era arrogante, de una satisfacción consigo mismo que me daba vergüenza ajena. Me puso frente al espejo de mis prejuicios y mis limitaciones. En algún momento mientras comíamos, o antes, sentados frente a frente en una mesita en el medio de su living vacío o en el sillón de mi casa, mientras nos contábamos alguna cosa, de repente, mi pared de pensamientos, mis intentos vanos de ser lógica se derrumbaban y me ponía a desearlo y él a mí, sin freno. Después del sexo dormíamos juntos, yo quedaba desarmada, la ternura duraba varios días, imaginaba un futuro juntos que él se encargaba de disuadir. Lo nuestro era puro presente, aunque mi apego al amor romántico volviera a su trono una y otra vez. Un día lloré mirándolo dormir en mi cama. Pensé que era el último hombre que iba a ver durmiendo en mi cama.

No me invitó a su primer cumpleaños, pero sí al segundo. La mesita estaba contra la ventana. En la pared había un dibujo erótico, un hombre de perfil, él, sentado frente a una mujer desnuda con las piernas abiertas y el sexo de cara al espectador, un testigo, de espaldas, dibujándolos. Sentí que no había ni una sola persona en ese departamento que no se hubiera acostado con él, hombres, mujeres, viejos, jóvenes, una diversidad de cuerpos y modos de comportarse en público que me perturbó. Él se movía entre sus invitados, todas las miradas lo seguían, esperaban el momento de atención; una mujer joven con un vestido negro amplio y sin forma y el pelo seco largo hasta la cintura lo seguía de un lado a otro, cada tanto parecía percatarse de que él no le estaba prestando atención y se quedaba

parada entre la gente, atontada, como si algo la hubiera cegado. Él parecía estarnos diciendo mírense, mírense, a todos los vi entregados, vulnerables, todos gozaron conmigo. A mí no se me ocurría de qué hablar con el hombre parado a mi lado que no le quitaba los ojos de encima. Feliz cumpleaños, uraniano. ¿Uraniano? ¿Qué tenía que ver ese áspic de gente con la anarquía o la libertad? Era como si yo también me hubiera acostado con todos en esa jaula blanda, pegajosa, sin bordes a la vista.

En los días siguientes lo que sentí se pareció mucho a un desinterés repentino, un sentimiento muy liviano, como si de pronto nuestro encuentro se hubiera convertido en una flor de panadero, redonda, etérea y blanca que salió volando por la ventana.

El suelo pélvico no es un suelo, es una huerta y en la huerta hay una fruta, una fruta del mar. Ahí está, en su caperuza, la semilla lisa y mojada que desencadena prodigios, y ahí están los labios moluscos flanqueados por dos largas islas. Antes la consistencia de esas islas era otra, suculenta, firme. Aunque firme me hace pensar en madera o piedra y no; en *El beso* de Rodin, bajo la mano abierta del hombre, bajo sus dedos, esa carne firme y elástica que ahí sí es de piedra hace que se me anude la emoción en la boca del estómago, en la garganta. ¿Es anhelo? ¿Nostalgia? ¿Cómo hizo el escultor para dejar en piedra el deseo? Me estoy yendo de tema y de territorio, de suelo. Había oído hablar de la pata de camello en los pantalones ajustados y con el tiro demasiado corto, había visto cómo la costura del pantalón se mete justo ahí, en la raja, y separa lo que parecen los dedos carnosos de un camello. ¿Quién le puso ese nombre? ¿Por qué se dice con asco? Lo veía en las mujeres jóvenes y jamás de los jamases lo había asociado a la vejez. Ahora eso que toco entre mis piernas tiene una consistencia nueva, se deja aplastar con una docilidad extenuada, desaparece dentro de mí.

Mis tetas, mi culo hermoso, mi suelo pélvico. Todas estas partes de mi cuerpo ahora son maleables, se aplastan, de pronto soy una mujer descarnada. En una de las noches de *Las mil y una noches* la multitud reunida en la plaza espera el paso de la princesa y ahí, entre la gente, está la vieja nodriza con los brazos en alto para saludar a su niña que se convirtió en mujer. Ahí estaba, en mi lectura, la palabra: descarnados, los brazos descarnados de la nodriza, decía. Leí la frase y encontré el adjetivo alimaña que describía lo que yo tocaba. Quizás la carne se me volvió arena. Soy una mujer llena de arena, voy dejando rastros de mi propia erosión cada día.

Encontraba nidos de pelos en el desagüe de mi cuarto en la torre. Cuando me miraba en algún espejo con luz cenital, me veía el cuero cabelludo. Nunca tuve buena memoria, pero de repente los olvidos eran una señal, iba a tener alzhéimer. Los insomnios eran ideales para imaginar los miedos con una certeza irrefutable en la oscuridad.

En el fondo de los armarios mis perfumes cambiarían de color hasta volverse de un ámbar rancio. El aire de mi cuarto amanecería apelmazado, ácido, irrespirable; un vago olor a pis se instalaría en los pasillos y los cuartos. No me daría cuenta. Me vestiría con unos conjuntos de lana, cuadrados, de tricota y pollera, con el brillo asfixiante del poliéster y colores apagados o demasiado chillones. Me crecerían pelos ralos en las piernas, muy largos. No los vería. Mi enagua asomaría por debajo de la pollera cuadrada, las medias enrolladas hasta por encima de la rodilla dejarían a la vista una franja de piel blancuzca como masa cruda. Nada me importaría. Me peinaría con raya al costado y una hebillita de niña. Ignoraría el olor a pis cada vez más penetrante y rogaría que me visitaran. Dejaría de percibirlo. No miraría a los demás para no verles los gestos disimulados de cuando olieran el aire a mi alrededor. Me quedaría sorda y se me pegarían las palabras al hablar, por los medicamentos o la tristeza.

A la luz del día, me horrorizaba esa mirada sobre la vejez, pero en la mitad de la noche era incontrolable.

Mi Venus tiene un legado de ofensas, un listado en aumento. En los días malos se me da por repasar los agravios como si fueran las cuentas de un rosario porfiado. En los días buenos, me asombra la manera en que di por sentado que merecía cosas que ahora me parecen un regalo fortuito y me pongo a agradecer la bondad de personas que no vi nunca más.

Londres era la última miga de pan que marcaba el camino de vuelta a Buenos Aires. Un año atrás había estado en esa misma casa cuidando a los niños. Un año atrás había decidido seguir viajando, no volver a la Argentina, no volver a mi carrera de Letras, no volver a mi novio, a mi familia, a las peleas feroces con mi madre, a mis amigas del colegio de monjas, a mis amigos fugaces de la facultad con su militancia susurrada por los pasillos, a mi culpa, a mis días de niña buena, religiosa, estudiosa. Un año atrás había cambiado mi valija por una mochila y había partido sin planes ni rumbo fijo.

Volver era claudicar. Me había asomado a otra manera de estar en el mundo, pero no había logrado la fantasía de ser totalmente otra y con cada miga de pan que recogía y guardaba en la mochila, me sentía más cerca de la que había sido, pero a la vez ajena a ella, como si me estuviera obligando a meterme en un traje que ya no era el mío.

A las cuatro de la tarde se iba la luz. A las siete empezaba a tocar una banda de viejos aficionados en el club de jazz a cinco cuadras de la casa. Era otra vez invierno en Londres. No sé si sonaban muy bien, pero la que estaba claudicando se reencontraba con el entusiasmo de la que había sido al inicio del viaje, convencida de que el club de jazz en ese primer piso simbolizaba el futuro que había soñado y el pasado que dejaba atrás. Claro que yo no sabía todo eso entonces. Caminaba las cinco cuadras heladas con las manos en los bolsillos, la cara hundida en la bufanda, subía las escaleras y me metía entre los cuerpos calientes para desaparecer de mí misma. Empujaba hasta la barra, tomaba destornilladores hasta que se me acababan los billetes. Se me acababan bastante rápido.

El hombre estaba parado a mi lado y movía la cabeza a ritmo, todos la movíamos, como si fuéramos un solo cuerpo con muchas cabezas. Era tal vez veinte años más grande, pelado, bajo. Vio que me quedaba sin trago y me preguntó si no iba a tomar otro.

—No tengo más plata —le dije. Se trataba, para mí, de una respuesta simple, sin segundas intenciones.

—¿Qué estás tomando? —dijo, se abrió camino hasta la barra, volvió con un destornillador para mí y otro trago para él. Podría inventar cuál era, pero no lo recuerdo.

En alguna parte de mí sabía que aceptar un trago me ligaba a él, pero siempre elegí el candor. ¿O era el candor una máscara para elegir el peligro? Seguimos uno junto a otro. Éramos de alguna manera cómplices, ahora. Cuando a las once de la noche, anunciaron el cierre del club, me invitó a caminar hasta otro lugar que no cerraba tan temprano. Acepté. No tenía ganas de volver a casa. No tenía ganas de volver a ninguna parte.

Cuando llamó un taxi, tuve mi primera duda.

—¿No era que íbamos caminando? —dije, creo que debo haber dicho eso.

—Es acá nomás.

Llegamos al otro club. Había mesas en este, gente sentada, música, no había ninguna banda. Acepté otro trago. Seguí contándole cosas de mi viaje. Cuando estoy con alguien que no conozco hablo mucho, como si quisiera dar la impresión de que soy fácil de conocer, como si quisiera volverme simple y fácil. Imagino que el otro me teme tanto como yo a él y quiero tranquilizarlo. Tampoco sabía eso entonces. Pero como ahora lo sé, puedo decir que le hablé mucho. Le hablé como una niña, una niña de caperuza roja.

Se llamaba Michael y era camionero.

—Me gustaría sentir mi pene bien adentro de tu vagina —dijo.

—A mí no —dije.

—¿Por qué me aceptaste los tragos?

—¿Qué tiene que ver aceptar unos tragos con querer tener sexo? —dije.

—Vamos, te llevo a tu casa —dijo Michael.

Caperucita salió a los saltitos detrás de él.

Me empujó dentro de la bajada de un garaje. Me inmovilizó contra la pared. Me tiró el cuerpo encima. Apretó su erección contra mi pelvis. Trató de meterme la lengua en la boca.

Los golpes no me dolieron. No puedo recordar un solo sonido, como si la noche se los hubiera tragado. Mi cuerpo, sin embargo, contó los golpes. Fueron cuatro. En la boca. Aunque no me dolieran, mi cuerpo sabía que eran en la boca.

Un grito de hombre me devolvió los sonidos. No supe qué había dicho. Michael me soltó y se fue corriendo. Gritó mientras cruzaba la calle.

—*Stupid cunt*.

Un chico joven, de mi edad, alto. Se acercó despacio, como a un animal asustado.

—No tengas miedo —dijo—. Estás lastimada.

Me llevé la mano a la boca. Se manchó con sangre. Me ofreció subir a lo de su hermana a lavarme la cara. Me hizo escuchar la voz de ella en el portero eléctrico, que no tuviera miedo.

Me enjuagué la cara en un lavatorio blanco. La boca seguía sangrando y empezaba a doler. Él llamó un taxi, le dio mi dirección al chofer y a mí plata para pagarlo.

Al día siguiente la dueña de casa me pidió que no bajara a desayunar para que sus hijos no me vieran así.

—¿Nadie te dijo que no se le aceptan tragos a desconocidos? —dijo.

También dijo que nunca, por ningún motivo, le contara a mi padre lo que me había pasado.

—Le romperías el corazón.

Era sábado. La familia salió por el día. Yo fui a una estación de subte y me metí en una cabina de fotos. Durante años tuve esas fotos en el sobrecito de plástico verde de mi carnet de estudiante. Deben estar en alguna caja si es que no se perdieron en una de mis mudanzas. Tengo la boca hinchada, sangre seca en la comisura izquierda, los ojos brillantes, la piel muy blanca, húmeda, porque esa mañana llovía, una campera azul claro con los hombros mojados y una bufanda de colores, con hilos brillantes, bastante fea.

A lo largo de los años, cuando me encontré la foto, me quedaba mirándola. Esperaba que me dijera algo más. Algo sobre el hombre, no sobre mí. Si se pudiera romper la cáscara y encontrar la carne blanca de la nuez.

Leo un artículo entero en *El País* sobre las apps de citas. Todos los ejemplos y conclusiones hablan de las mujeres hasta los cincuenta años.

Me pruebo maneras nuevas de combinar mi vieja ropa y me miro en el vidrio de la puerta que da al patio porque no tengo espejo entero —hace años que decidí no tenerlo, solo lo usaba para descargar sobre mí misma las críticas más despiadadas—, me pongo de frente, de perfil. ¿Vestido corto? ¿Mostrar las piernas? ¿Estos zapatos de jubilada? Esto no está bien. Mejor esto. Dos o tres cambios. Tomo una decisión. Ya, esto. A medida que se acerca la hora de salir, la confianza que logré se desmorona. Para cuando estoy entrando adonde sea que tenía que ir, ya no queda ninguna. Si es para encontrarme con un hombre, la cosa es peor. Ya no es que no me quede confianza. Lo que aparece es rechazo.

Siempre hay algo que está mal. Llevo conmigo el desprecio, es como un órgano dañado.

A los treinta y seis años, veinte años después de ir al primer médico para adelgazar que me dio anfetaminas y me hizo bajar diez kilos en un mes y medio, veinte años después de engordar y adelgazar de a ocho o diez kilos dos veces por año, fui a una nutricionista que me recibió detrás de su gran escritorio de caoba con un despliegue de diplomas a su espalda. Escuchó atentamente mis quejas, la historia de mi desagrado con mi cuerpo, los kilos para un lado y para el otro, mis ataques de comer todo lo que se me cruzaba durante el fin de semana y mis lunes de voluntad férrea y solo fruta, los retorcijones de las noches de los lunes, la convicción de que todo sería diferente si lograba bajar esos kilos. Ella anotaba. Me dio una dieta rara. Remolachas calientes con crema de desayuno, dos empanadas de almuerzo. Cuando dio por terminada la consulta me paré, ella se inclinó hacia adelante y agarró algo que estaba escondido de mi vista: un par de muletas de metal. Me acompañó hasta la puerta y me despidió cariñosamente. Había estado más de una hora escuchando el historial de mis quejas. Tenía espina bífida.

Tengo razones, una lista de heridas; eran motivo de pena, ahora me enfurecí. A cada rato mi modosita le da lugar a esta mujer furibunda, como si me hubiera convertido en esas hermanas de Venus, hijas también de la castración de Urano, de la sangre que cayó en la Tierra. Una de las tres Furias, con mi cabellera de víboras y las alas negras, de cuero lustroso, plegadas cuando recuerdo y observo, desplegadas cuando me enfurezco. Así perseguiría a los que me hicieron sufrir, a los que me humillaron cuando estaba iluminada por la potencia de mi deseo.

Cuando vi por primera vez la casa no reparé en que también compraba semejante intimidad con la casa del piso superior.

Todos los días escuchaba a Dani tomando el desayuno a las seis de la mañana. Un ruido a celofán primero y después el golpeteo metálico de alguna olla o jarrito mientras hablaba solo con una voz que no era la suya, una voz muy grave, violenta, llena de desprecio. “Qué boludo, pero qué boludo”.

Siempre pensé que Dani era el hombre más bueno del universo, lo pensaba cada vez que me lo encontraba en la entrada con los shorts y el libro de Cormillot bajo el brazo. Cuando lo escuchaba hablarse a la mañana, constataba una vez más que no tenemos la menor idea de quién es otra persona.

Me llamaba para cuestiones prácticas. Nuestras conversaciones, telefónicas o frente a frente, eran breves. Es de esas personas que repiten innumerables veces los mismos conceptos. Nunca dejó de mencionar que quería adelgazar, que había ido a ver a alguien que le iba a dar un tratamiento nuevo, que estaba determinado, ahora sí, a lograrlo. Como me vendió la planta baja con el garaje, estacionaba el taxi a una cuadra para hacer ejercicio. Una cuadra no es ejercicio, me daban ganas de decirle, pero su tono, su mirada, el énfasis de su presencia ahí, bloqueando la salida a la calle cuando me hablaba, me impedían decepcionarlo.

No puedo decir que no lo entienda. Algunos días me parece que lo único que puedo hacer es comer.

Tuve mi menopausia a una edad tardía, a los cincuenta y siete años. En los años anteriores dejé un reguero de sangre en el hotel de un festival, en el baño de mi hija, en el pasillo de mi casa que va del cuarto al baño, empapé pijamas, la vi caer contra el blanco de la bañadera, desparecer por el desagüe en un remolino. La zozobra fue mucho peor que con las hemorragias de mis menstruaciones de joven. A esas exageraciones las siguió durante un tiempo un agüita rosada, irregular, después paró.

En la época del agüita me enamoré. Me dio tanta alegría que andaba por la vida cantando. "At last", *por fin mi amor apareció, se acabaron mis días de soledad y la vida es como una canción. Lalalá. Por fin el cielo está azul, encontré un sueño al que le puedo hablar, me sonreíste y estábamos en el cielo lalalá.* Había valido la pena esperar. Quién lo hubiera dicho. A esta edad provecta. Sí, esa era la palabra que usaba. *At last*, por fin había aparecido el hombre que me habían enseñado a esperar.

El largo de su tibia me obsesionó desde el primer día. En esa salida hablamos de no tener espacio en los aviones.

Trabajaba en una inmobiliaria, pero su verdadera pasión era la carpintería.

No. No quiero escribir sobre él ahora.

Tetas, pechos, busto, mamas, escote, pechera, delantera; culo, nalgas, pandero, traste, trasero. Una vez mi amigo Richard Gwyn, escritor galés, me dijo que en las escenas sexuales literarias le parecían más eróticas las palabras en español. Yo estuve en total desacuerdo. El erotismo es muy difícil de escribir y de traducir. Siempre me pareció que en inglés las palabras son más sensuales. Porque traduzco, podría enumerar más palabras en inglés que en español para la pija, pene, verga, falo, miembro, pito, *dick*, *prick*, *tool*, *cock*, *wang*, *knob*, *chopper*, *plonker*, *dong*, *winkle*, *joystick*, *pecker*, *weenie*, *schlong*, *pizzle*, *willie*, *tockley*.

Tal vez a Richard le resulte menos evidente en español el nivel de lengua y las palabras para él recuperan la maravilla de su sonido sin el contexto de temperatura que les corresponde (y, sin embargo, la temperatura es, para mí, uno de los signos más evidentes de las diferencias en el nivel de lengua). ¿Reconozco el nivel de lengua de las partes del cuerpo cuando traduzco? ¿Cómo sé que no siento predilección por palabras en inglés propias de una dama victoriana y sus equivalentes en español ponen en evidencia mi pacatería y por eso no me gustan? En el diccionario están también picha, órgano viril, glande, bálano. "Órgano viril" sería de dama victoriana y no la elegiría, pero me encanta el sonido de la palabra bálano, lástima que hasta hoy no sabía que existía. Preferiría *bossom* a tetas toda la vida si estuviera hablando de la capacidad de refugio de los pechos de las mujeres. No de los míos. Mis sentimientos no coinciden con las posibilidades de mi lengua materna.

El día anterior a mi primer cumpleaños en la casa nueva escuché a Dani cuando salía y fui a decirle que iban a venir unos amigos a festejar conmigo. Quise contarle que íbamos a poner música y que me avisara si lo molestábamos. Pero apenas le conté de mi cumpleaños y que no iba a durar hasta muy tarde porque empezaba a las siete, me interrumpió. A las siete llegaba perfecto, iba a traer gaseosas. Se le había iluminado de tal manera la mirada, su expresión de niño campeón de karate, que no tuve el corazón para decirle que no lo estaba invitando.

A las ocho pensé que ya no iba a venir. A las ocho y media tocó el timbre, me dio dos gaseosas y me dijo que se iba a duchar y bajaba. Después tardó otra hora más. Me lo imagino ese día detrás de su puerta, recién duchado, armándose de coraje.

Se sentó en una silla contra la pared, mirando el centro del living, la pista donde bailábamos. Algunos maridos hablaban en el patio y un par se había instalado en la cocina a salvo del baile, separados por la barra. Como si hubiera tenido que vencer una gran resistencia, Dani se paró, sin despegarse del borde de la silla, y empezó a balancearse. Se balanceaba con los ojos llenos de asombro, un asombro que parecía dedicarme. Yo bailaba entre mis amigos, con los ojos cerrados, el pelo se me venía a la cara. Cada vez que los abría, lo veía mirándome, de un lado y del otro de su lento balanceo. Me fui acercando, como a un señuelo. Acompasé mis movimientos a los suyos. Bailábamos frente a frente, cerca, sin tocarnos. No nos hacía falta mirarnos para saber el movimiento del otro. A un lado y a otro, a un lado y a otro, muy despacio, en el fondo del mar.

—Es mucho más lindo bailar que caminar —dijo—. No voy a ir al gimnasio. Voy a bailar.

Y siguió balanceándose.

Del otro lado de la barra, el enjambre de mis amigos se agitó. Me

dijeron después que Dani les daba miedo, que no habían querido irse antes de que se fuera él. ¿Miedo? Me reí. Sí. Se quedó hasta el final.

Un mes más tarde lo escuché hablando con alguien por teléfono. A los gritos y con ese hábito de repetir muchas veces las mismas cosas como si fuera la primera, decía que se iba a mudar a algún lugar sin escalones porque a su edad empezaban los problemas y mejor una planta baja. Que se iba a mudar y que iba a hacer dieta y que iba, por fin, a bajar de peso.

No me había imaginado la posibilidad de que se fuera. Me llamó esa misma semana para darme la noticia de que en marzo iba a poner en venta su casa, le dolían las rodillas cuando bajaba y subía los escalones. Y los domingos, cuando no estaba todo el día en el taxi, era más de dos veces por día.

De repente iba a cambiar por quién sabe qué esa presencia matutina, el ruido a celofán y a cacharros, la voz rara y los pasos por la escalera a las siete y media de la noche cuando volvía de trabajar. No estaba preparada para que eso pasara. Era mi primer verano en la casa, mis plantas estaban creciendo como una selva en el cantero y en el patiecito, el limonero estaba cargado de sus primeros limones, quería que nada cambiara. Quería una tregua. La necesitaba. Pensé que lo que me aterraba era que la casa se vendiera a gente de esta época estridente. Era la primera vez que vivía en una casa silenciosa.

Un día caminaba por la calle y vi a Dani en un local de pizzas. Estaba sentado en una de esas sillas angostas de fórmica amarillenta, con una pizza por la mitad, los codos a los lados del plato. Mi llanto me tomó totalmente por sorpresa.

Las migrañas aparecieron en el departamento que vendí, se espaciaron en el cuarto de la torre y volvieron a arremeter en la casa nueva. Empezaban con un dolor en el ojo izquierdo y unas leves náuseas. Lo primero que se me ocurría era que había comido algo que me cayó mal. Hasta que el dolor en el ojo se volvía una puñalada, las náuseas me hacían vomitar un agua ácida y la luz me cegaba. Me pasé sábados enteros en cama con la luz apagada. Las migrañas parecían preferir los sábados. Eso hacía que yo sospechara de mí. ¿Por qué los sábados? ¿Por qué no otro día?

En su ensayo "En la cama", Joan Didion cuenta que tuvo su primera migraña a los ocho años durante un simulacro de incendio en el colegio. El doctor le prescribió un enema porque se pensaba que era un mal imaginario.

Mi madre me dijo que mi abuela también sufría de migrañas en la menopausia. Imagino ahora a mi abuela sola en su casa enorme, tan sola en su cama ancha con el crucifijo en la cabecera; del otro lado de su ventana pasaban los autos, se movían las copas de los árboles. ¿Cerraría ella también los postigos o dejaría las cortinas de voile desenfocando los barrotes negros del balcón, el contorno de los edificios del otro lado de la plaza? En el botiquín de su baño había un aparato para enemas, una pera de goma rojiza con un pico. Estuvo siempre ahí, no se había escapado a mis ojos de niña. ¿Se los habrán recetado a ella también?

Las migrañas de Didion no eran "solamente a causa de sus malas actitudes, humores atravesados y pensamientos equivocados", sino porque sus abuelas, su padre y su madre también las sufrían. Por ella supe que los que sufrimos de migrañas creemos que "nos estamos enfermando a propósito" y que existe lo que los doctores llaman "una personalidad de migrañas", que tiende a ser "ambiciosa, introvertida, intolerante frente a los errores, organizada con cierta rigidez,

perfeccionista". Bueno, está bien.

Ella reconoce que nunca tuvo un ataque durante las grandes crisis de su vida. Las llama "una guerra de guerrillas". Y termina el ensayo con una reflexión que expresa a la perfección lo que yo sentía: "Cuando el dolor se desvanecía, todo se iba con él, todos los resentimientos ocultos, todas las ansiedades banales. La migraña era un cortocircuito y los fusibles habían emergido intactos". Reconocí esa euforia convaleciente de la que habla. "Abro las ventanas, siento el aire con agradecimiento, duermo bien. Me doy cuenta de la naturaleza singular de una flor en un jarrón de cristal en el descanso de la escalera. Cuento mis bendiciones". Así es. Después de esos sábados, hubo domingos de una simpleza conmovedora.

La página de la Sociedad Española de Medicina Interna dice: “El climaterio es un período de transición desde la etapa reproductiva hasta la no reproductiva que se prolonga durante años, antes y después de la menopausia; es consecuencia del agotamiento ovárico, asociado a una disminución en la producción de estrógenos y a la pérdida de la capacidad para producir hormonas, folículos y ovocitos. Es un error llamar menopausia al climaterio. La menopausia es un solo día, el día en que una mujer tiene su última menstruación”.

No tengo la menor idea de cuál fue ese día. ¿Cómo iba a saber que nunca más iba a sangrar, que ni el agüita? Ya sé que existen las anotaciones, pero diría que el hábito de anotar la fecha de la menstruación se va perdiendo con la edad y es difícil saber, el último día, que ese va a ser el último día. La palabra menopausia insiste en tomar el lugar de la palabra climaterio; aunque este sea menos puntual, el habla no obedece.

Encontré una lista de los síntomas de la menopausia —perdón, del climaterio— cinco años después de mi cuarto en la torre. Gardanne y otros médicos más tarde en la historia la llamaban el infierno de las mujeres, la vejez verde, la muerte del sexo.

Padecimientos relacionados:
Epilepsia
Ninfomanía
Gota
Ataques de histeria
Cáncer

Se la asocia a por lo menos treinta y cuatro síntomas:

Caída de cabello

Síndrome de la boca ardiente (sensación de hormigueo o adormecimiento en los labios, las encías y la lengua).

Y los conocidos como los cuatro principales, los jinetes del Apocalipsis:

Bochornos

Trastornos de sueño

Depresión

Sequedad vaginal

No se inventaron todavía muchas soluciones para los síntomas de la menopausia. Sí se inventó el Viagra y se acaba de inventar el Viagra masticable.

Tomar estrógenos, recomendaba el doctor Robert A. Wilson, un hombre en blanco y negro, peinado con gomina y con un saco de muy buena calidad que a fines de los sesenta sostuvo que la falta de estrógenos no solo hacía que "los pechos se encogieran y se pusieran fofos, sino que también destrozaba la personalidad". Lo que a mí me destroza la personalidad es el adjetivo fofos aplicado a mis tetas o la perspectiva de menstruar para siempre. Wilson habla en su libro de la transformación de una mujer energética y agradable en una caricatura aburrida y mordaz de la mujer que fue antes y se refiere a esa transformación como "uno de los espectáculos más tristes". La palabra para mordaz es "sharp-tongued". La lengua-navaja que deja de quedarse callada en las furias de la menopausia para clavarse en el corazón de los problemas no me parece un espectáculo triste salvo para el ego de las víctimas. El doctor no tiene problemas en decir que la vagina de una mujer menopáusica es patológicamente seca e inflexible, pero les atribuye la lengua-navaja a las mujeres. ¡Doctor!

El novio de una amiga me pregunta qué estoy escribiendo. Le cuento. Menopausia.

—¡Cómo están ustedes con eso!

Se siente criticado y me dice que él con sus amigos también habla, qué me creo yo, cuando se juntan hablan de la andropausia y de los problemas que tienen, no somos solo nosotras. Está ofendido.

Escucho las acusaciones debajo de la porción visible del iceberg. Es como si me dijera que somos unas quejosas, que hay que saber soportar, la vida es así, tenemos que ser más estoicas, como ellos. Sé que oigo eso porque en algún lugar tengo una voz que está hecha a imagen y semejanza de la de él. A callar, mujererío, me dice mi propia voz. No sé si la de él dice eso o solo se defiende. Quizá esté pidiendo un armisticio.

Si somos ejércitos enemigos, rotos, ¿qué clase de conversación podemos tener?

Me gustó esa tarde en el centro cuando el carpintero me dijo que caminara hacia su casa y que él iba a caminar hacia mí para que no fuera sola por la calle, para aprovechar mejor el tiempo. Yo le iba al encuentro y nos veía como los círculos azules de Google Maps acercándose. Mis ojos iban hacia la próxima esquina y volvían. No es, no es, no es, no es, no es. Quería toparme con él. Como una carnera. Tenía el impermeable abierto y el viento de frente lo hacía flamear y me pegaba el vestido de seda a las piernas.

Me gustó que para abrazarme metiera los brazos por los costados de mi cuerpo, debajo del impermeable abierto. Yo había deseado que hiciera exactamente eso.

Me gustó que me pasara el brazo sobre los hombros para caminar por la calle, el ritmo de la caminata.

Me gustó cuando nos sentamos enfrentados en los bancos de la cervecería y abrió las piernas para que las mías quedaran entre las suyas. Encastradas.

Me gustó que me acariciara por encima del vestido, movía la seda por mis muslos, como el viento. *Volver a los diecisiete.*

Basta. No es tiempo de zambullirme en el mar de esa historia.

En su libro *Flash Count Diary*, Darcey Steinke reflexiona que en la adolescencia, a pesar de que no es una época fácil, a nadie se le ocurre bloquear las hormonas para dejar de menstruar y volver a ser niña. “Es obvio que se asume que nuestra fase reproductiva es nuestra única fase real, la única saludable y valiosa y un período al que deberíamos aferrarnos a toda costa”.

También dice que el Viagra alienta a los hombres a negar su vulnerabilidad y limita el sexo a la penetración durante toda la vida. Lo subrayo, lo escribo en mi cuaderno y no puedo dejar de seguir pensando al respecto. Justo cuando podríamos encontrar un modo distinto de entendernos, la trampa de que el sexo se resume en el acto de la penetración vuelve a separarnos.

Estrógenos para las mujeres, sildenafil para los hombres y vamos hacia la muerte mirando para otro lado. ¿No podríamos dejarnos caer con las piernas enredadas? La piel siente la presencia de ese otro que también va a morir.

Un tratamiento hormonal para “ser la que era”. ¡Yo no quiero ser la que era! Ni siquiera quiero ser. Me gustaría más aprender a estar.

Dani me tocó la puerta un domingo a la mañana. Estaba vestido con sus shorts azules de tela de jogging y una remera estirada. Esta vez tenía entre los brazos dos recipientes alargados, negros, con tapa y una cruz. Las cenizas de sus padres. Se las había encontrado al fondo de un ropero en esta segunda etapa de su mudanza. No sabía qué hacer con ellas. Quería pedirme consejo y quería mostrarme en Google su departamento nuevo, si tipeaba la dirección que me hizo anotar, podía verlo y darle mi opinión. En su flamante departamento, que era parte de un complejo, no entraban todos sus muebles. Iba a mudarlos igual, iba a ponerlos en el balcón hasta pensar mejor qué hacer con ellos. Le sugerí que tirara las cenizas al río. Le conté cómo había sido tirar las de mi papá en un día de viento y olas, con mis hermanas y mis sobrinos y mi madre. Le dije que se iba a sentir más preparado para empezar su nueva vida. ¿Qué podía saber yo de lo que le iba a pasar? Mis buenas intenciones pueden ser monstruosas. Él me miraba y asentía y me volvía a contar cómo había encontrado las urnas en el fondo de un ropero y cómo ya ni se acordaba de que las tenía él y que el departamento nuevo era el segundo piso de un complejo habitacional en Escobar, con pileta y parrillas y salón de fiestas pero era mucho más chico que su casa y los muebles no iban a entrar porque era menos de la mitad de metros que la mía y él nunca se había desprendido de los muebles, solo los había mudado al piso de arriba. Si total él estaba todo el día en el taxi.

Me metí en internet para ver su departamento. Era un render, una U de edificios bajos con personitas caminando de un lado a otro, una gran piscina en el medio, sombrillas, tragos largos, palmeras y perritos de render. Ah, sí, me dijo después, solo está construido el primer módulo. Durante cinco años estarían en obra y habría obreros y grúas y tierra y polvo, pero él se pasaba el día en el taxi, no veía el problema. Estaba feliz.

Se llevó todo. En su día libre pasó a contarme que el administrador le había dicho que no podía poner todos esos muebles en el balcón. Pero eran los muebles de su mamá, su mamá los quería mucho. No sé qué hizo. Cuando nos volvimos a ver, ya habría resuelto el problema porque hablamos de un nuevo tratamiento para adelgazar, se había ofrecido de voluntario y tenía que darse unas inyecciones una vez por mes. Iba a ir en su franco. Me mostró el folleto. Cada vez que me visita, su mirada va y vuelve del piso a mis ojos. En ese rato estoy convencida de que esta vez sí lo va a lograr. Me pongo contenta, me lleno de su ilusión, le digo que sí, que qué bueno, que no deje terapia porque los cambios no son fáciles y hay que aprender a soportar, también, la felicidad. Él se va rápido, me promete volver en alguno de sus francos. Le gusta volver al barrio, tiene tantos recuerdos. Habla con su vozarrón, como si quisiera que todos los vecinos lo oyeran. A veces pasa alguno que lo saluda: ¡Hola, Dani! Pasan rápido, por la vereda de enfrente o en los autos y el cómo estás se va disolviendo. Estamos parados ahí, con la puerta abierta, él se disculpa por interrumpir mi trabajo, yo le digo que está bien, que tengo tiempo, cada vez que se disculpa yo le digo que está bien. Y está bien.

Era difícil trabajar con la puerta a la calle que se abría a cada rato, los pasos de las personas que venían a ver la casa subían la escalera y después caminaban encima de mi cabeza, las voces. Trataba de concentrarme, de dejar de espiar por la ventana a los posibles compradores. Me preocupaban especialmente los gritos de los niños que acompañaban a sus padres. Autitos, monopatines y carreras de elefantes pequeños a horarios extremos: la catástrofe era más inminente que nunca. Me quedaba parada mirando el techo como si pudiera traspasarlo con rayos de telepatía disuasoria.

Se vendió la casa. La mujer de la inmobiliaria me vino a visitar para contarme que los compradores eran una parejita joven de recién casados que había hecho muchas preguntas sobre mí. Ella les había hablado maravillas. Una parejita joven de recién casados tiene a su alrededor almitas deseosas de reencarnar, dijo con una sonrisa beatífica. Me arruinó el día.

La parejita se abocó inmediatamente a hacer refacciones.

Yo tenía de repente horas y horas para dar vueltas. Todas esas horas de pensar en la casa nueva, en los inconvenientes posibles, el miedo, el futuro era presente y de pronto había tiempo.

Me detenía en mis movimientos como si no tuviera adónde ir. Del piso de arriba me llegaba el sonido de un animal escarbando y apartando los cascotes y otro como si estuvieran arrastrando algo contra el piso. Después volvían a golpear. Pac, pac, pac, trrrrc, trrrrc, psssshhhh. Pac, pac, pac, trrrrc, trrrrc, psssshhhh.

Tuve que cambiarme de obra social porque la mía decidía subir los aranceles demasiado seguido. La ginecóloga nueva me mandó a hacer los estudios de rutina, en una ecografía transvaginal apareció una mancha blanca, me pidió una histeroscopía para estudiarla. Fui a ver a un doctor Vargas para que me la hiciera. No le pregunté de qué se trataba. No supe que en el procedimiento meten por la vagina un tubo delgado con una cámara, un histeroscopio, para examinar el cuello uterino y el útero. *Mi* cuello uterino y *mi* útero. Acepté hacerme la intervención sin preguntar nada. La conversación fue breve. Agendamos fecha y hora. Anestesia general. A dos cuadras de casa. La tarde anterior a la operación le pregunté si podía ir sola. No quería que nadie tuviera que esperarme en las sillas del hospital si no era imprescindible. Dijo que sí, que podía esperar después hasta sentirme lúcida y caminar despacio de vuelta a casa. No dijo despacio, despacio lo deduje yo.

Llegué al hospital a las ocho y media en punto, entregué mis papeles y me senté a esperar al doctor Vargas. Hacía días que yo decía que me iban a hacer una histerectomía. Cuando la gente se sobresaltaba, me corregía, no, perdón, no me iban a sacar el útero, me iban a sacar una muestra para mandarla a analizar. Abrí mi libro, tan aparentemente tranquila. Como una reina por encima de la situación, regia. En el otro sillón había otra mujer. Estábamos frente a los ascensores, a un costado de la recepción y cerca de la entrada. Pasaba gente para un lado y para el otro, doctores que saludaban a las recepcionistas por el nombre de pila. Cuando apareció el doctor Vargas, me saludó y la mujer del otro sillón le dijo que ella también estaba para su histeroscopía, le recordó su nombre y dijo que su turno era a las nueve. El mío era a las nueve y media. El doctor nos arreó

hasta el ascensor. Viajamos en silencio hasta el tercer piso. Nos recibió una enfermera que nos llevó a un cuartito, nos dio esas batas azules de polipropileno que tardan cuatrocientos años en desintegrarse y unas botitas blancas del mismo material. Nos desvestimos y guardamos nuestras cosas en un locker gris como los de los gimnasios. El enfermero me vino a buscar a mí primero. Me dio culpa, pero la señora había llegado después de mí y no tenía manera de saber que yo tenía turno para la intervención después de ella, no me había colado, llegué exactamente al horario que me había dicho el doctor.

—Le traigo una sábana —dijo el enfermero.

Fue un gesto que agradecí. Caminar por los pasillos con una bata indestructible pero traslúcida me hubiera dado pudor.

Lo seguí con mis botitas blancas y mi bata azul y la sábana celeste, pesada y con olor a limpio hasta la salita donde me iban a operar, un cuarto que necesitaba una mano de pintura con una camilla ginecológica del siglo XIX en el medio.

—Esta es una camilla para partos —dijo el enfermero.

—Lástima que no sea el caso —dije.

—Sí, no puedo hacer nada al respecto —dijo el doctor Vargas parado a un costado de la camilla con una computadora portátil abierta en las manos y la vista fija en la pantalla.

—Tal vez ya no es una lástima —dijo el enfermero mientras me ponía el suero con el sedante.

—Sí, es verdad —dije—, aunque es lindo tener un bebé en los brazos. La mía ya está grande. Veintisiete.

—Pueden ser nietos —dijo el enfermero.

—No queremos apurar a nadie —dije.

—Claro —dijo el doctor Vargas.

Y ya no tuve ganas de hablar. El sueño me entró por la vena del antebrazo.

Me desperté en una camilla en otro cuarto pequeño, sola, mi mochila y mi ropa estaban sobre la camilla también. No tengo muy claros esos primeros instantes, pero creo que una enfermera o un enfermero me dijo que cuando estuviera lista podía vestirme y volver a mi casa. Me vestí, bajé al hall de entrada y me quedé sentada ahí

hasta que me pareció que estaba lo suficientemente lúcida como para volver caminando despacio a mi casa. Vivo a dos cuadras.

Me senté a trabajar. Cuando me levanté para ir al baño tenía sangre en el vestido.

Todo el día esperé un mensaje del doctor Vargas.

A la mañana siguiente le escribí por WhatsApp.

“Buen día. ¿Cómo sigue esto? Fue todo tan expeditivo que no sé bien cómo sigue”.

Él me contestó con un audio.

“Cómo te va, Inés. Sí, ahora te iba a llamar porque al final anoche seguí hasta tarde la actividad y no paré y se hizo medio tarde y me dio cosa. Como vos tampoco me escribiste, dije bueno, estará bien. Ya el día de ayer pasó así que ya está. A partir de hoy una vida normal. Estamos hablando de lo que hicimos ayer, ¿no? Una vida normal y lo único que vas a tener es sangrado y no hay que preocuparse por ello (¡Doctor! ¡Usted ayer no me dijo que no hiciera una vida normal y tampoco me dijo nada de sangrado!). Nada. Nada grave adentro del útero. Se veía un fibromita que asomaba en la parte interna, en la cavidad, chiquito, hice una biopsia de eso, pero no es para preocuparse, seguro que no va a ser NADA. Lo que sí, bueno, es el prolapso. Tenés el útero afuera en un grado considerable. Eso hay que operarlo. Con el tiempo va a empeorar, te va a molestar mucho. Con el tiempo pronto, no es que va a pasar en veinte años, sino en los siguientes meses. Así que tenemos que reunirnos. Si vos querés mismo el próximo martes te das una vuelta por el Modelo. Si no podés, en mi consultorio particular también los jueves estoy después de las tres de la tarde, pero si no el martes a partir de las nueve de la mañana te venís, un sobreturno, te anotás, decís que venís por una cirugía y te explico cómo deberíamos continuar esto, pero todo bien, ¿eh? Cualquier cosita que te moleste, un ibuprofeno estaría suficiente”.

“Hola, doctor. Gracias por el mensaje. Sí, el martes a las nueve estoy ahí. No tengo idea de lo que es un prolapso de útero”.

“Prolapso de útero es tener el útero descendido, en este caso específico, fuera de la vagina. Lo tenés. Si vos te mirás en un espejo, tenés como una saliencia, como un pene por fuera del orificio. Eso sería el prolapso de útero en este caso. Después te explico bien, pero es lo que vos tenés, no es ningún secreto. Tocate. Te vas a tocar como un bulto. Es eso”.

Corrí al baño. Tenía un espejo en un estuche de sombra para ojos. No veía nada. Busqué el celular para usar la linterna y me enfoqué con la cámara. No iba a sacar una selfie de esa otra cara que tengo. ¡¿Un pene, doctor Vargas?! ¡¿Por fuera del orificio?! Me arde. No veo ningún pene. No estoy acostumbrada a mirarme la…

Por primera vez en mi vida me di cuenta de que conocía pocos términos para mi vagina y que vagina me parece una palabra demasiado ginecológica, poco coloquial. Concha tampoco me gusta. Me parece una palabra rabiosa. Busqué.

Argolla. Barbuda. Bellota. Bigotona. Bizcocho. Cachucha. Cachufleta. Cajeta. Catalina. Cicciobelo. Coco. Cocoya. Cochofla. Cotufa. Coquito. Cuca. Cuchara. Cucurucha. Cuevita del amor. Cuquichí. Coño. Chichi. Chocha. Chochi. Chocho. Chuchita. Gozona. La queteconté. Molusco. Moñoñongo. Ostra. Panocha. Papo. Pelúa. Pepita. Piricha. Pompona. Popola. Raja. Totico. Totis. Totona. Tuti. Vulva. Zanja.

Tampoco nunca le puse un nombre mío o tuve un nombre compartido con un amante.

De pronto sentí que eso decía algo de mí y de mi capacidad de liviandad en el sexo y que se daba a interpretaciones que no quería hacer ni quería que se hicieran.

Pero volviendo a la inspección en la pantalla del celular. ¡¿Un pene?! ¿Un pene que sobresale del orificio de mi cuca moñoñongo? Yo no veo nada.

—Doctor Vargas, me perturba inmensamente la posibilidad de haber tenido todo este tiempo un pene colgando entre las piernas y no haberme dado cuenta.

El doctor Vargas se rio del comentario.

—Tengo la popola totonga ardida y resentida —no le dije.

—¿Qué hago?

—Desvestite —e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la camilla.

Me acosté, abrí las piernas y apoyé las plantas de los pies sobre el metal helado de esos estribos que se clavan en el arco. Con qué desaprensión me desvestía en mi juventud. ¿Era desfachatez o rebeldía con mi educación religiosa? ¿O desconexión? En el consultorio del doctor Vargas no había biombo ni batas ni nada. Bueno. Está bien. A esa altura.

Dijo que el prolapso no se veía ahora como se había visto en la operación cuando la anestesia relajó todos mis músculos, como si mis intentos de conservar mis órganos internos en su lugar con ejercicios de Kegel no hubieran sido suficientes. Para revisarme metió los dedos y hurgó, trató de ver. No, ahora no se ve, dijo al final. Es verdad que yo tampoco hacía tanto los ejercicios de Kegel, no conseguí hacerlos metódicamente: fingir que una va a hacer pis y luego contenerse, contraer y soltar, contar hasta diez, de golpe, de a poco, alternar de golpe con de a poco, hacerlo acostada en la cama, en los semáforos, en todo momento que una se acuerde. Tuve épocas prematuras a los treinta y cuarenta años, pero los fui abandonando. Tengo una amiga que los hacía obsesivamente antes de los cuarenta años. En un encuentro sexual, montó apasionadamente al novio y le quebró el pene. Demasiada fuerza en los músculos vaginales. Una totis feroz. Justificó todos los terrores masculinos del novio y le dejó el pene torcido, para no hablar del dolor del pobre hombre.

—Tenemos que estar atentos, el prolapso está aunque todavía no se haya manifestado —dijo.

El doctor Vargas había tenido mucho pelo, imaginé. Le quedaba poco, blando, un pelo baba. Baba blanca. Babas del diablo. El vozarrón detrás del barbijo. Tenía dedos fuertes, cortos. Se sacó los

guantes de látex, que soltaron un chasquido final, los tiró y se masajeó las manos. Esos dedos habían abierto los labios de mi panocha, habían estado hurgando.

Tengo veintiocho años. Vagina Garland. Un mordisco de carne blancuzca flota dentro de un líquido transparente —¿formol?— en un frasquito, en mi mano cerrada, los dedos tapan el nombre mientras camino por una calle llena de autos. Estuve recién abierta de piernas en una camilla con los estribos de metal helados clavados en los arcos de los pies, con un espéculo de metal helado que me abría la vagina Garland. Había diez estudiantes de medicina entre mis piernas abiertas. Querían aprender lo que era un HPV y sentí que me debía a la ciencia. Camino con una vergüenza que empujo fuera de los límites de mi conciencia. ¿Me debía realmente a la ciencia? Pensé que no me importaba.

Pasaron treinta y cuatro años y lo sigo recordando.

Lo podría haber adivinado: la foto del doctor Vargas en las redes era con anteojos espejados, él vestido de esquí y un fondo de algo que resultaron ser montañas, pero podría haber sido una lancha o un crucero o una moto. Hombres con utilería. Antes de irme de su consultorio me animé a decirle que me dolía todo, que me había quedado la vagina ardida y resentida de la operación. Dijo que nada de lo que él me había hecho justificaba esa incomodidad, el sangrado sí, pero no lo demás. Sin embargo, ahí estaban el ardor y el dolor. ¡Ay, doctor!, esa manía de desestimar lo que una mujer le dice. Yo escucho y hasta agrando lo que me dicen los hombres, sus pesares, sobre todo, como si fueran niños a los que hay que tomar en brazos cuando se lastiman. Usted desestimó. ¿Por qué? Yo no doy más, doctor Vargas. Yo no quiero esquiar ni salir espléndida en las fotos con anteojos que tapen las patas de gallo ni sostener que a mi edad no estoy tan mal ni gastar fortunas en mantener nada. Entréguese conmigo, doctor Vargas, dejémonos deslizar por la pendiente de la mano, mirémonos a los ojos

y conozcamos el sótano. No le digo que nos pasemos los días llorando, pero no haga tanta fuerza. Hay una sola puerta de entrada. Deje de apoyarse con todo el cuerpo contra ella. Se lo digo a usted y me lo digo a mí.

¿Dónde estarían los hombres que no eran así? ¿En los países nórdicos? ¿Habría allá hombres altos y tranquilos que quisieran sentarse en silencio conmigo, tomarme de la mano y mirar los árboles? Qué tanta actividad, doctor Vargas, tanta computadora y tanta distracción. Usted no es tan importante. Yo tampoco. Mire en cambio este cielo que va a seguir cuando usted ya no esquíe ni mande mensajes a las pacientes diciéndoles un día cualquiera que tienen el útero colgando como un pene entre las piernas y hay que operar.

Unas semanas más tarde fui a la ginecóloga. Es la mujer de mi homeópata. Reformaron el consultorio y había un tercer cuarto, que es del hijo. El hijo es igual al padre, la misma cara antediluviana, como de gran dinosaurio herbívoro. El mismo cuerpo manso y solícito. La madre es una mujer cuidada, con las uñas pintadas de un color moderno, color visón, una especie de gris amarronado. Manos cuidadas, cutis cuidado. Hablamos largamente. Se avergonzó de su colega el doctor Vargas. No se rio de su bestialidad. No estaba frente al encanto torpe y masculino del doctor. ¿Cómo habría actuado si lo hubiera tenido enfrente? ¿Y si se lo encontrara en la fila para subir a la telesilla? Él tiene el cuerpo inclinado y el torso apoyado contra los bastones de esquí, cómodo en su ropa para el frío, en su cuerpo, con su manejo de los esquíes y los bastones. Se pone los anteojos sobre el gorro de lana y sonríe y le habla con su vozarrón. Ella tiene un equipo entero, ajustado en la cintura, liso, rosa o visón. Visón. Ella le dice: "¿De dónde sacó usted que Garland tenía prolapso de útero?". Él se vuelve a poner los anteojos, le cuenta que, en la operación, con la anestesia, él lo vio. Vio un prolapso de útero con total claridad. ¿Un pene? Doctor Vargas, ¿usted describiría un prolapso de útero como un pene? ¿No le parece raro? ¿No sabe usted que la anestesia relaja los tendones que sostienen el útero y que eso no es signo de prolapso? ¿Qué miró? La fila de la telesilla avanza y él se apura y trata de escabullirse entre los esquiadores. Ella lo sigue. Trata de que les toque

juntos en la silla, pero él se apura y casi se lleva por delante a un esquiador para subirse a la telesilla con otra persona que no sea la doctora. Y ella lo ve elevarse en el aire, de espaldas, alejándose, alejándose.

Soñé con el nombre de mi vagina. Era un nombre que me encantaba y que tenía su variante en inglés y en el sueño pensaba que me gustaba más en castellano. En el sueño me decía a mí misma que tenía que prender la luz y anotar el nombre en el cuaderno que tengo siempre a mi lado en la cama porque me lo iba a olvidar. Al despertar me enojé conmigo por no haberlo escrito.

Para sus quince años mi hija le pidió a su padre un viaje a Nueva York conmigo. Era algo que estaba de moda entre sus amigas. Yo podía conseguir el alojamiento —un pequeño departamento en el subsuelo de la casa de un amigo de mi padre—, mi exmarido le regalaría los pasajes y la estadía. Le dio el dinero a ella, no a mí, y eso la convirtió en una pequeña déspota. Salíamos de compras porque ese, de pronto, parecía ser el objetivo del viaje. Yo acababa de dejar de fumar, había empezado a salir con un hombre que me gustaba mucho y eso me llenaba de ansiedad, había resucitado mis inseguridades, mis sentimientos de inadecuación y la angustia de los años sola después de mi divorcio. Estaba segura de que la distancia haría que se olvidara de mí. Todas las mañanas hacía un ritual que me habían enseñado unas monjas esotéricas. Me paraba en la esquina del living un poco escondida detrás de un bargueño, levantaba los brazos al cielo con las palmas hacia arriba para bajar una luz que nunca logré visualizar —se suponía que la luz estaba entrando en mi cuerpo como una cascada magnífica—, al llegar a la altura del pecho giraba hacia abajo las manos como si empujara esa luz hacia la parte inferior del cuerpo y decía cosas que iban a favorecer que la energía fluyera constantemente desde la Fuente de Energía Universal a mi corazón y de allí a la Tierra y todo eso iba a sanarme porque yo entendería el papel que jugaba en el proceso de ascensión de la Tierra hacia la Luz y sería feliz y me sentiría plena y mi vida sería maravillosa. Las monjas curaban por imposición de manos y habían logrado, a cambio, que un grupo de sufrientes en vías de recuperación rasqueteara durante días enteros las maderas de la pérgola del convento para pintarlas después con aceite de linaza. La cascada de luz en Nueva York no había hecho desaparecer los dolores de cuello y de brazos por la postura continuada de ese trabajo. Mi hija dormía en el cuarto. Cuando se despertaba yo ya estaba en condiciones de empezar lo que el destino

me deparara, cada día un *buying spree*, una salida de compras desenfrenada, actividad notablemente alejada de mis pretensiones espirituales, de la luz sanadora, de la Virgen María y del Sagrado Corazón de Jesús; las tiendas, la música a todo volumen, las mesas de pilas de ropa doblada que mi hija desarmaba, los percheros atestados, los rincones de saldos que yo revisaba sin entusiasmo, las colas, los probadores; no podía compartir su furor consumista.

Ese día nos tocaba el barrio chino. Mi hija entraba en las tiendas a la calle, a pasillos atiborrados de carteras y anteojos que imitaban a las grandes marcas. Yo no estaba muy al tanto de lo que motivaba la búsqueda, pero en algún momento ella señalaba algo, carteras, casi siempre, y preguntaba el precio. Unas mujeres chinas bajitas y compactas se acercaban y se lo decían. Ella hacía mímicas, gestos y exclamaciones de disgusto, qué estafa, no estaban ni cerca del precio que correspondía. Yo la miraba como si estuviera frente a un ser totalmente ajeno a mí; nunca pude regatear, nunca pude, en realidad, desentenderme de los deseos de otra persona. Ella hacía gala de una teatralidad admirable, amagaba con irse, retrocedía, examinaba la cartera en cuestión como si tuviera un entendimiento profundo de costura, de pespuntes en cuero, de pegado de cierres, las abría, les sacaba los papeles, se las colgaba del hombro, se miraba en los espejos, todo mientras seguía bajándoles el precio. Las chinas iban cediendo, pero del precio original no quedaba ni rastro y de repente mi hija volvía a meter los papeles dentro de la cartera, hacía un gesto de desdén con la mano y me decía vamos. Emprendíamos la retirada dándoles la espalda a las vendedoras que proferían palabras en chino en un tono que me hacía pensar en crueles maldiciones. Lo cierto es que, con cada incursión en las pequeñas tiendas alargadas, yo iba sintiendo un agobio más y más intolerable, como si con cada insulto el cuerpo se me llenara de veneno. Me pesaban las piernas, me dolían la espalda, el estómago, los pies, me sentía incapaz de seguir entrando en las tiendas para repetir la escena. Mi hija se reía de mí, no quería sentarse a tomar un café y mirar pasar la gente, no quería ni siquiera hablar conmigo, solo quería comprar o, en realidad, amagar con comprar.

El cartel de *foot massage* estaba en un caballete de madera en una calle angosta. Me detuve a mirarlo. Un chino corpulento se materializó como el genio de la lámpara y me invitó a pasar. Mi hija me concedió el masaje, ella seguiría con su búsqueda de carteras y yo podía quedarme allí, media hora, volvería a buscarme. Elegí no prestarle atención al pensamiento de que ella tenía quince años en una ciudad desconocida y yo era la madre a cargo. Avancé por un pasillo detrás del chino corpulento hasta un pequeño cuarto al final.

La mujercita salió desde alguna parte detrás de una puerta. Era una mujercita vieja, con la espalda doblada por los años, vestida con pantalones anchos y una chaqueta brillosa con cuello Mao y botones de bambú. El chino le dijo algo y ella me hizo gestos para que me sentara en un sillón de cuero. Desapareció para volver a aparecer al poco rato con una jofaina llena de agua que puso en el piso. Buscó un pequeño banco chino que colocó frente a mí. Me hizo señas de que metiera los pies en la jofaina que exhalaba un vapor con olor a hierbas. Metí los pies en el agua caliente. Ella se quedó sentada con la vista baja y las manos en el regazo. El agua rodeándome los pies tuvo un efecto instantáneo de bienestar, pero lo que me pasó después fue inesperado. La mujercita abrió una toalla de algodón, me tomó los pies y los apoyó en su regazo, y yo sentí que mi cuerpo, mis pensamientos, mi corazón, todo lo que yo era en ese momento se dejaba caer en sus manos. Me envolvió los pies en la toalla y los secó muy despacio, uno primero y otro después, como si cada uno fuera un objeto frágil, susceptible en extremo a cualquier avatar. Los secaba con palmadas precisas y tiernas y movía los labios como si hablara con ellos o consigo misma. Se puso aceite en las manos y rodeó mi pie izquierdo con las palmas ahuecadas. Lloré durante todo el tiempo que duró el masaje. Ella cada tanto me miraba y asentía. Ni siquiera se me cruzó por la cabeza cómo sería su vida.

Los primeros años en la casa nueva tenía ganas todo el día de comer algo que no sabía bien qué era y a cada rato comía algo para descubrirlo. Estaba sentada leyendo en la computadora y me paraba para ir a la cocina. Lo que quería era crocante y mezcla de salado y dulce, pero también tenía algo blando. Pensaba en hojaldre, que por supuesto no tenía en mi casa y descartaba imágenes de tortas que podría haber conseguido en alguna panadería y estaba convencida de que eso que quería existía en alguna parte y yo podía comerlo, y mientras, comía galletitas sueltas, si eran saladas les ponía manteca y miel, pero no era eso lo que quería, al rato estaba otra vez en la cocina, ya había recorrido de vuelta el espinel de imágenes de tortas, otra vez el hojaldre, no, no es *lemon pie*, no, no es *apple strudel*, qué, qué es. Iba y venía. Comía dos galletitas de coco, pero no eran lo que buscaba y así iba mi mente todo el día recorriendo y mi boca buscaba, mi lengua, sin hambre, me hacía algún café o un jugo mientras seguía buscando. Todo el día esa inquietud, ir y venir del escritorio a la cocina, esos minutos de masticar algo mirando el patio por la ventana, pero no, no era eso que tengo en la boca lo que quería.

Hace poco encontré en un Instagram la palabra “kukhisabishii”, palabra japonesa para cuando no tenés hambre, pero comés porque tu boca se siente sola. Supe que, sin saberlo, lo sabía.

No me sentía confortable como una de esas prendas gastadas por el amor, como dice Sharon Olds en su poema “Más vieja”, aunque también dice que su cuerpo haría gritar de terror a una mujer joven, pero a ella misma a los ochenta no. No sé si no voy a gritar a los ochenta. A lo mejor sigo gritando. Espero que no, el golpe es demasiado reciente, todavía estoy recuperándome, pero creo que algo está transformándose otra vez. Algo que no es el culo.

Me gustó el día que cambió la rueda de mi auto en un santiamén. Santiamén. A veces las palabras son algo que me meto en la boca. No se quejó, como si cambiar la rueda de un auto le diera la misma alegría que cortar una madera o cepillarla. Un caballero de oros que cambiaba la rueda de mi auto en cuclillas, concentrado. Después se montaría en su corcel blanco y se alejaría cabalgando. Vuelve, vuelve, caballero, yo tendré tu cama preparada con sábanas que huelan a sol y podrás descansar en mis brazos contra mi pecho tibio y dulce hecho para tu cansancio.

Me gustó que me mandara los valsesitos venezolanos cuando empezó a llover.

Mandar valsesitos es hacer el amor, conversar también es hacer el amor.

Me gustó que semidormido me apoyara la mano tibia en la cintura.

En ese primer tiempo, su cuerpo recién despierto me buscaba en la oscuridad. Era tan gentil al principio.

Me gustó que perfeccionara a ese punto la forma de doblar las bolsitas de plástico.

Un día se paró detrás de mí y me olió el pelo.

Me gustó que me abrazara en la oscuridad cuando lloré por mi padre.

No quiero escribir sobre el carpintero.

Mi más persistente deseo y, paradójicamente, mi miedo más grande es a estar sentada, con la cabeza gacha sobre el teclado, sentada como si me hubieran atado, sentada hasta después de que me duele la espalda y las piernas se me duermen. Una de mis hermanas, terapeuta corporal, me dice que cada hora me tengo que acostar en el piso y enderezar la columna. No lo hago nunca. Una vez que me senté de verdad —porque hay muchos amagues— y empecé a escribir, lo único que deseo y temo es olvidarme, hasta después del cierre del supermercado, de que voy a tener hambre y no tengo nada en la heladera. Cabeza caliente y pies fríos, me dijo una china que de china tenía solo su medicina, tenés que hacer ejercicios para encarnar. Me hizo sentir en guerra santa contra la materia.

El asunto es romper la inercia hasta sentarme y convertirme en esa prisionera en estado de gracia que soy cuando se acaban las excusas. Doy vueltas y vueltas, me siento, me paro para buscar un vaso de agua, me siento, me paro para hacerme un té, me siento, me paro para acostarme en el piso a enderezar la columna aunque no pasaron ni quince minutos y los usé para contestar mails con invitaciones a eventos, presentaciones, mesas, escuelas, cumpleaños, bautismos, marchas, lectura en un bar, salvemos al planeta, salvemos al niñito, salvemos a los delfines, poeta que acaba de empezar que me manda el pdf de sus poemas, novelista que acaba de empezar que me manda el pdf de su novela, mail de preguntas para un diario sobre qué pienso de la literatura femenina, y se pasa la mañana. No es hoja en blanco, es el mundo virtual, la fantasía que tienen muchos de que ser escritor es ser famoso y es fácil, la fantasía de que existe la literatura femenina, la fantasía de que, si firmamos, Estados Unidos va a dejar de emitir gases. Firmar es tanto más rápido que escribir.

A veces lo miraba lijar maderas y tenía nueve años. O doce.

Lo miraba y tenía sesenta y ocho años.

Lo miraba y tenía cien años.

Me gustó que se sintiera muy solo con su singularidad y que tuviera nostalgia de ser como los demás.

Me gustó su vanidad tan pegada a las maneras de denigrarse, los dos lados de la misma moneda.

Me gustó que estaba lleno de hambre y lleno de dones.

Basta.

Por los pasillos de mi casa corre el viento. Encuentro las corrientes de aire cruzadas en el silencio. Hay una en el pasillo, otra en el cuarto. A veces el viento es del verde de las plantas del patio, del otro lado de los postigos abiertos. Se cuela entre las rendijas cuando los cierro a la noche. En esta casa no hay otros que puedan sentir el viento en los pasillos. Cuando viene gente durante el día no es tan notorio, como si soplara mejor cuando me quedo sola. Tal vez el viento quiera algo de mí.

Mi madre se casó a los veintidós años. Estaba enamorada de mi padre por algunos motivos fáciles de rastrear y otros recónditos, como suele suceder: una atracción sexual que solo le estaría permitido desahogar dentro del sagrado vínculo del matrimonio, y, también, el deseo profundo de salirse del ejido de su madre y de un hogar agobiante, lleno de prohibiciones. Alguna vez dijo que se casó porque quería usar jeans y bikinis. Tal vez fue mi padre el que lo dijo, o era algo que se decía en mi casa, una broma con implicaciones varias. Sé que después de comprometerse hubo una escena en la que ella se sacó a los tirones el anillo de compromiso, lo arrojó como en una telenovela en el pasto y se pasaron un buen rato en cuatro patas buscándolo. Esa reconciliación fue la primera de muchas en más de cincuenta años. En las fotos de casamiento ella parece mayor que él, no la ayudan el peinado inflado y la seriedad circunspecta. No estaba de moda ser joven. Él parece a punto de tomar la primera comunión. Sacramento equivocado.

Luna de miel; a la vuelta, trabajo nuevo de mi padre, maravilloso trabajo nuevo, asombroso trabajo nuevo. Para familiarizarse con la tarea, tenían que viajar conociendo a los jefes en Europa y en Estados Unidos. Era 1959.

El 23 de abril de 1960 la píldora recibía el permiso para ser dispensada y vendida explícitamente como anticonceptivo oral en los Estados Unidos de Norteamérica. Tarde. Mi madre ya estaba embarazada.

Treinta y tres años después, a medida que avanzaba mi propio embarazo, mi deseo sexual aumentaba. En el séptimo mes, con la panza redonda y las tetas más plenas que tendría en mi vida, fuimos a la playa de vacaciones. El mar, el sol y los frutos de mar me convirtieron en una mujer exuberante, abierta, ardiente. Al padre de mi futura hija le daba impresión la panza. No me hizo el amor en todo

ese verano. Hay una foto en la que él está en la hamaca paraguaya y yo lo miro con devoción.

Para mi madre nada de jeans ni bikinis. Nada de permiso para quejarse. La única hija de mi abuela se había casado para procrear todos los hijos que Dios mandara. Que disfrutara del sexo era casi un milagro por el que todas sus descendientes deberíamos estar agradecidas. En algún momento amagó a tener náuseas y mi padre le dijo que de ninguna manera podía darse ese lujo en un viaje de trabajo por Europa tan importante para él. No tuvo náuseas. Nunca más, en ninguno de sus cuatro embarazos.

Me acuerdo perfectamente del momento de la foto en la hamaca paraguaya. Me acuerdo de haber pensado que esa era la cara que correspondía tener en esa foto, cara de embarazada, cara de madre.

Una noche cuando mi hija tenía cuatro años, me vestí para salir con su padre: vestido corto, medias negras de noche, zapatos de tacos, maquillaje, una de esas veces en las que me esforcé por seguir los lineamientos. Ella estaba recién bañada, comiendo "fideditos" en la cocina con la *baby-sitter*. Cuando me vio entrar me clavó una mirada oscura.

—Te odio —dijo.

Tenía la vista fija en mis zapatos.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—. ¿Te gustan mis zapatos?

Saltó al piso como un gato.

—¡Sí! —dijo aferrándose a ellos como si quisiera arrancármelos.

La levanté en brazos y le prometí que, cuando volviera, se los dejaría al borde de su cama así ella los podía usar al día siguiente.

Cumplí mi promesa. Esa misma madrugada, a las dos de la mañana, entró taconeando a nuestro cuarto como si ya fuera hora de que todos nos levantáramos. La llevé a su cama sin disimular mi fastidio.

Al día siguiente al desayuno apareció otra vez con los zapatos y una expresión pendenciera. Le dije algo que no había pensado antes, que salió de mi boca como salen a veces las cosas que no sé a quién se le ocurren.

—Cuando yo tenía cuatro años, la miraba a Mameche (así le dicen los nietos a mi madre) y veía su pelo largo y su cuerpo y sus tetas, era tan linda, y pensaba "yo nunca voy a ser como ella".

Mi hija me miró, la cara iluminada por la alegría del descubrimiento.

—¡Y fuiste! —gritó.

Se sacó los zapatos y se sentó a desayunar conmigo.

Hasta fines de 1800 se pensaba que lo único que hacíamos las mujeres era transportar en nuestro cuerpo los bebés hechos enteramente por los hombres. Después se descubrió la existencia de los óvulos. “Los óvulos tienen un origen embrionario diferente a todos los demás tejidos del cuerpo. Son potencialmente eternos y tienen una inteligencia inherente. Los científicos creen que la gran cantidad de óvulos que se desarrollan inicialmente en el cuerpo de una mujer —casi siete millones— es un vestigio de cuando éramos peces rociando huevos en el lecho del océano”, otra vez mis subrayados en el libro de Steinke.

Los óvulos empiezan a formarse en la feto niñita desde la novena semana de embarazo. Los de mi madre se formaron dentro del cuerpo de mi abuela, los míos, dentro del cuerpo de mi madre, los de mi hija, dentro de mi cuerpo. Somos una con nuestra madre y cuando uno de esos óvulos engendre una hija mujer, hay ahí una cadena invisible que une a las abuelas con las nietas.

En el viaje a Nueva York, mi hija se empeñó en comprarse unas bombachas con relleno. Una amiga se las había recomendado. Caminábamos por la calle y yo trataba de disuadirla. Ella no me miraba, iba con la expresión de un torito malhumorado, empecinado y sordo. El culo de mi hija era perfecto, pero ella decía que no, que no era redondo, que no era firme. Ahora me cuenta que, desde los trece años, en las fiestas de los sábados del club de rugby, ella y sus amigas pasaban en fila por "la ratonera", una zona de la pista de baile donde manos masculinas anónimas les manoseaban el culo. A sus amigas se lo tocaban. A ella no.

Se compró esa bombacha negra, enorme, con unas almohadillas de gomaespuma que exageraban sus glúteos, para que los varones amparados en la oscuridad la tocaran.

¿Qué hacen las mujeres que se fajan o se ponen prótesis movibles cuando llega el momento de desnudarse? La única vez que usé realzadores de bustos, dos medialunas de silicona que ubiqué dentro de un corpiño con alambre, fue para mi casamiento. El escote de mi vestido lo necesitaba, según la modista. Con los nervios y el zarandeo del baile, sentía las siliconas encharcadas dentro del corpiño, se pegaban a la piel, se patinaban, me daban calor. Cuando fui al baño, tenía una teta a la altura de la cintura y la otra en su lugar. También se me había corrido el maquillaje, y el peinado aplastado se pegaba a la nuca y a la frente. Tenía treinta y ocho años y me vi vieja.

En una mañana de trámites juntas, le hablo a mi hija de lo que estoy escribiendo. Ella me cuenta que a los dieciocho un ginecólogo la revisó y le dijo que tenía la vagina muy grande. Ella no supo cómo reaccionar. ¿Qué quería decir tener la vagina muy grande? Sonaba a crítica. Quiso cerrar las piernas, bajarse de la camilla. No me lo contó hasta ahora. En esa misma época, otro ginecólogo le dijo a su amiga que tenía la vagina complaciente. Tampoco supo lo que quería decir y tampoco preguntó.

"Vagina complaciente" es un término que se usa para referirse al himen complaciente (HC), un himen que, por su elasticidad, se distiende sin dañarse durante la penetración al momento de la relación sexual, de modo que no quedan lesiones atribuibles al acto sexual. (Un problema para el hábito de colgar las sábanas con la sangre del himen roto en los balcones, pienso yo, hábito que no creo que haya desaparecido del imaginario colectivo).

No entiendo por qué de himen complaciente se pasó a decir vagina complaciente.

Complaciente es un adjetivo que "permite hacer referencia a aquel o aquello que complace o que se complace". Complacer menciona "la acción de causar placer o satisfacción a alguien". Una persona complaciente accede a lo que otra desea.

En *S-3*, las memorias de Bette Howland sobre su estadía en la sala psiquiátrica de una universidad de Chicago en los setenta después de un intento de suicidio, ella cuenta que algunos años antes, recién divorciada, había ido al ginecólogo. Lo cuenta así: "Voy al consultorio de un doctor que me está tratando una infección; cuando estoy lista para que me examine, las piernas separadas en la camilla, empieza de repente a hacerme sexo oral. Pego un grito sobresaltado; veo su cabeza alargada y calva, con manchas como un huevo, sonriendo entre mis muslos. Creo que la brutalidad de ese gesto fue lo que acabó

conmigo; demasiada locura”.

De generación en generación, de mujer en mujer decían en mi casa: "Play hard to get", que se traduciría como "hacete la difícil". En "hacete" no aparece, como en inglés, la idea de juego, de "jugar" a ser difícil, pero ese es mi purismo, no hay nada juguetón en la frase en inglés tampoco. Entiendo el mandato, pero no puedo seguirlo. Mi dificultad verdadera —y el regalo para un hombre que me acompañe a atravesarla— no tiene nada que ver con cuándo me voy a la cama con él.

Nos despertamos en la mitad de la noche. Se tenía que ir a su casa porque iba a mostrar un departamento muy temprano. Nos duchamos. Comimos unas papas que espolvoreé con sal en hojuelas, pimentón y un chorro generoso de aceite de oliva. El agua helada me pareció dulce como un manantial.

—Estamos creando energía para iluminar una ciudad —le dije.

—Una ciudad pequeña —dijo él.

—No, no pequeña.

—Una ciudad mediana.

—Nueva York —dije.

—Pergamino —dijo él.

—San Petersburgo.

—Guaminí —dijo él. Y se metió en la ducha.

Mi primer amor contaba mucho el cuento ese del hermano y la alfombra. Si no era él, eran los amigos, alguien siempre empezaba a reírse solo y después lo contaba: entre todos habían enrollado al hermano en una alfombra persa y lo habían entrado desmayado, como un canelón, hasta su cama y lo dejaron ahí para que se despertara cuando se le pasara la borrachera.

No sé qué pensaban que podía pasar si los padres se despertaban, salían al pasillo y se encontraban con cuatro amigos del hijo tambaleándose con una alfombra persa enrollada y claramente de mucho peso.

A mí me hubiera gustado que mi primer amor me enrollara en una alfombra y me cargara al hombro en lugar de que me sacara por la puerta de servicio aterrado de que sus padres me encontraran en su cuarto a esa hora, despeinada, enamorada, desvirgada, después de haber vivido por primera vez la urdimbre apretada que era el sexo con él. El asombro era tan grande. También el miedo y el desconcierto. Él quería, como yo, que tuviéramos sexo, pero después la culpa lo sumía en silencios horribles, en una distancia que yo no entendía, que creí entender veinte años más tarde, pero ahora pienso que no entendí nunca y nunca voy a entender del todo.

Me comí una uña. Una sola. No me la comí, en realidad. Se partió y tuve que limarla. Del pulgar derecho. Me molesta sutilmente. Hubo veces en mi vida en que me dolían todos los dedos, la punta de los dedos. La tarde anterior o la noche anterior me había comido una por una todas las uñas. Primero las recorro con el pulgar. Aparecen astillas, puntas que raspan en los bordes y se vuelven una obsesión. No puedo dejar de tocarlas, con otra uña las levanto apenas hasta arrancar una punta franca. Esa punta enloquecedora me obliga a llevármela a la boca, a aprisionarla entre los dientes y tirar. Esa punta sigue en una tira que a veces se hace ancha, demasiado ancha, tan ancha que deja un borde de carne debajo, la carne que estaba pegada y que ahora queda al aire, desprotegida, con las terminaciones nerviosas expuestas y empieza a doler. Alguna vez hasta sangran.

A veces me imagino que esas uñas que me fui comiendo desde los seis años armaron paredes en los intestinos y que es por eso que la comida me cae mal. Las imagino apretadas una contra otra, tejidas, encastradas, una pared delgada pero sólida. Cada vez, cuando los dedos me dolían al día siguiente, me odiaba. Había sido un saqueo impensado, impulsivo, un vendaval repentino de angustia. Y ya era tarde para evitarlo.

Fue culpa de la alegría. No quise parar. Quise subir la apuesta y no había con qué. Sentí curiosidad por ese hombre. La había sentido antes. Hay encuentros que son incomprensibles, su verdadera causa está tan sumergida en la oscuridad que no es posible mirarla a la luz del día. Lo había escuchado hablar de mujeres con otros hombres y sabía que era un hombre que no ama a las mujeres. Y también lo intuía pueril y autodestructivo. Un hombre niño. Lo había visto borracho en demasiadas oportunidades. Me tiró el cuerpo encima cuando bailábamos y se me ocurrió pensar por qué no. No me alcanzó con bailar y darnos unos besos. Me excitó que gritara mi nombre a través de la puerta del baño. Acepté ir a su casa. Estaba tan borracho que me dio miedo que manejara, aunque yo no estuviera con él en el auto porque tenía el mío. Yo también estaba borracha, pero de mí no tuve miedo. Siempre creo que estoy menos borracha de lo que estoy. Lo seguí por las calles vacías de las cuatro de la mañana. En los semáforos nos poníamos a la par con las ventanas abiertas, sintonizamos la misma radio —la mía—, dijo que era una radio de vieja y desoí el puntazo. Mi Venus ofendida venía haciendo oídos sordos a otros comentarios estúpidos sobre una mujer en la fiesta, de mi misma edad, que según él lo acosaba. ¿Qué me hizo pensar que si la despreciaba a ella no me iba a despreciar a mí?

No quiero describir el mal polvo. Por más diferentes que sean entre sí, todos los malos polvos se parecen, todos dejan en evidencia la imposibilidad de conexión. Esto sí digo: apagó la luz, me pidió que me desvistiera como si le diera demasiado trabajo. Me quise ir desde antes de acostarme a su lado. Me había querido ir desde que me bajé del auto.

Después del mal polvo se durmió. La ventana estaba abierta y a través de la persiana de grandes maderas oscuras entraban la luz y la brisa del amanecer. No me podía dormir. Sentía vergüenza. Me dolía

la boca de un golpe contra el respaldo de la cama. Él me había empujado contra el respaldo, me golpeé la cabeza y me mordí la boca. En un momento de pasión no me habría importado, pero había sido el hombre oso borracho, no había ninguna pasión en ese golpe. Yo sentí en todo momento su desprecio. ¿Cómo se atrevía? Hubiera querido tener la certeza de que era la última vez que yo hacía una cosa así. Dormí apenas una hora. Cuando me desperté, él no estaba. Me vestí. Lo encontré durmiendo boca abajo, despatarrado en un sillón. No tengo la menor duda de que le contó a los amigos. No quiero saber qué les dijo. Seguro que hablaron del botón eyector.

Camino al auto pensé en el carpintero. Si hubiera seguido con él, habría estado a salvo de un hombre así. Pensé en las mujeres que dormían al lado de sus maridos de toda la vida. Nunca las había envidiado tanto. Hay cosas que esas mujeres no van a saber nunca.

Yo soñaba con esto: con levantarme a la mañana, abrir los postigos y volver a la cama, quedarme mirando las plantas y que una brisa me acariciara la cara, los brazos, las piernas.

Soñaba con este silencio de mi casa, con el canto de los zorzales, con los picaflores y las flores blanquísimas de jazmín.

Buscando unas fotos me encontré con la de Londres y me quedé mirándola. Pensé en el camionero inglés, en su educación, en su manera de leer mis actos. Le habrían enseñado que una mujer que acepta un trago se le está regalando, se lo habrían dicho con esas palabras o con otras más insultantes.

La noche en que me crucé con él, además de lo que ya dije acerca del final del viaje, me dolía el corazón por un amor desencontrado, la pena nueva que abría la vieja herida. ¿Acaso quise de alguna manera que el dolor fuera tangible, verlo ahí en mi boca lastimada cada vez que me miraba al espejo?

Tanto años más tarde sigo sin enojarme del todo con él, sigo anonadada. No sé de qué se trata esta pregunta. No es un tema de culpas. No sé qué es. La emoción que intuyo, pero a la que no accedo, está encerrada, fuera de mi alcance, sitiada por la historia de las mujeres.

Antes del carpintero me gustó un hombre que hacía los arreglos florales para el restorán del barrio. Me resultaba vagamente familiar cuando pasaba caminando y lo veía sentado en alguna mesa con flores y ramas a su alrededor, armando los floreros. También lo veía algunos sábados o domingos comiendo con una mujer vestida de negro. Nos mirábamos.

Un día pasó y me habló. Me contó que había venido a mi casa cuando yo tenía trece o quince años y que habíamos tomado té en el balcón. Sentí la angustia de no recordar escenas de mi vida. La mujer de negro lo esperaba varios metros más adelante. Me temblaba levemente el cuerpo como me tiembla cuando se mueve un intercambio de emociones que no puedo dilucidar. Dijo algo más antes de irse: Me acuerdo de tus piernas en el balcón.

Dicen que no se hace más, hablar así del cuerpo de las mujeres. A mí me gustó escucharlo decir eso, como si pudiera ver mis piernas porque él las había visto.

Terraza de librería: una mujer joven con minifalda de jean y botas de cowboy me pide ayuda. El hombre que tiene enfrente le acaba de citar una frase de Philip Roth: “El tiempo es el peor enemigo de las mujeres”. Está furiosa. No estoy de acuerdo con el hombre. Defiendo al tiempo como aliado de las mujeres, como aliado del deseo de las mujeres.

—El peor enemigo de las mujeres no es el tiempo, son los hombres y el deseo de ellos que no coincide con el de ellas cuando pasa el tiempo. En todo caso habría que empezar a cuestionar el deseo de los hombres que parece seguir igual que a los quince —dije, en el torneo de esgrima que son los eventos sociales con escritores.

Yo vengo a ofrecer mi corazón.

Si no te interesa, te mato.

Se casaron menos de un año más tarde. Qué pasará cuando envejezcan.

La invitación al festival de literatura en Odessa me llegó una mañana de manera inesperada y en un momento propicio. Era una invitación llena de posibilidades. Las salas de embarque, los aeropuertos, el avión, el hotel, el festival mismo, las calles de esa ciudad que busqué en el mapa, con dos eses, porque me acordaba del libro de tapa negra con la doble ese de los nazis que había estado primero en la mesa de luz de mi padre y después en la de mi madre, el recorrido habitual de los libros en mi casa. El mar Negro, pensé durante días —con cierta incomodidad que después descubrí era porque intuía mi error—, era para mí el mar con sal donde se flota sin esfuerzo. Un novio flotante, un Neptuno ucranio o ruso, un dios sentado en el mar Negro. Me imaginé a mí misma con una alegría que me brotaría de entre las piernas como la luz de las estampas religiosas. Sería nadando o sería en la orilla o sería en un bosque o en un valle en el campo. Un inglés, un español, un portugués, un noruego, un danés, ¡un sueco! alto y hermoso, que en los próximos años viajaría esporádicamente a visitarme, comería gravlax, tomaría vodka conmigo y volvería a su país antes de que las cosas se pusieran difíciles. La invitación al festival era por tres días, pero treinta horas de vuelo por solo tres días era un despropósito. Ningún enamoramiento y ningún encuentro de escritores justificaría treinta horas de vuelo por tres días. Les pedí a los organizadores que me sacaran un pasaje por diez días y me puse a investigar los destinos posibles en Ucrania. Los bosques verdes de Bukovel, la biósfera de Askania —Nova, la reserva de Karadag—. Me atraían esos nombres llenos de kas y finales con consonantes incómodas de pronunciar. En Kiev había un hotel que estaba sobre el río, pero un zoom a los cuadros que había en las paredes develó que eran pornográficos; la colcha de zebra en la cama redonda no marcaba solo una diferencia de elecciones estéticas. También había un barco que bajaba por un río desde Kiev hasta

Odessa —paseos por la borda, atardeceres en cubierta, el agua que pasa, las orillas del otro lado del ojo de buey—, ya me veía ahí, pero el barco tardaba catorce días en bajar y mi pasaje, que los organizadores me acababan de mandar, era por diez días, tal como yo había pedido en mi apuro por no demorar mi respuesta. Descubrí que una cosa era imaginar un viaje en tren desde ciudades en el norte de Ucrania hasta Odessa en el sur y otra muy distinta era buscar trenes, aviones, horarios y precios y entender que cualquiera de esas decisiones implicaba acarrear la valija por ciudades llenas de gente, tomar trenes a horarios ingratos y buscar alojamiento tratando de leer detalles significativos en las fotos. Podía viajar sin plan, sin reservas, sin previsiones, pero me veía en una ciudad desconocida, recién bajada de un ómnibus originario de uno de esos aeropuertos remotos de las líneas aéreas de bajo costo, parada en la oscuridad de la noche cirílica, en una calle vacía, como si alguien me hubiera abandonado a mi suerte. Las fotos de la campiña ucrania eran más tranquilizadoras, las distancias eran largas, tan discreto que parece Ucrania en el mapa y todos los desplazamientos implicaban diez, doce horas, ¿por qué los trenes eran tan caros? ¿Qué fue de los tiempos de los trenes con camarotes? Recorrer el país en un transiberiano ucranio, la boiserie, el vagón restaurante con la vajilla de porcelana, los pasajeros en trajes de lino y camisas blancas tratando de mantener el equilibrio mientras pasean por los pasillos y espían los compartimentos con la misma ilusión que yo, dormirme acunada por el traqueteo del tren, nada de eso era factible. La modernidad es una estafa. Una tarde, después de horas de búsqueda, decidí reservar un cuarto en el mismo hotel del festival. Mi plan: recorrer pueblitos sobre el mar Negro durante el día para volver a Odessa a tomar martinis en la terraza con vista a los atardeceres sobre el agua.

El hotel quedaba en lo alto de una barranca a cuatrocientos metros de la costa. No tenía terraza para tomar tragos mirando el atardecer. El mar, que podría haber visto allá abajo a lo lejos, estaba tapado con grandes cartelones de una obra en construcción que iban de punta a punta del bulevar Primorsky frente a la entrada. Después de treinta y tres horas de vuelo con una pasada por un hotel en Estambul en la

mitad de la noche, había llegado a Odessa y seguía orgullosa del plan de esos diez días de vacaciones con todas las posibilidades abiertas.

Un rato después de desempacar me perdí. Me pierdo siempre, en todos los hoteles, salgo del cuarto en la dirección equivocada. Me gustaría atribuirlo a signos algo prematuros de senilidad, pero mis olvidos y mi desorientación existieron siempre. Yo aseguraría que me tocan cada vez cuartos de los que tengo que salir a la derecha, salgo invariablemente hacia la izquierda, aun en los hoteles que tienen el ascensor a la vista y claramente a la derecha del cuarto. Estos pasillos olían a sándalo, recorrí el laberinto hasta el final que terminaba en paredes o en puertas cerradas, tardé en encontrar la escalera. En la planta baja me topé con un hombre que salía de un baño.

—*Do you know the way to the bar?* —le pregunté.

El hombre me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Parecía agobiado y avanzaba con más voluntad que energía. El bar estaba vacío. Se sentó en un taburete frente a un porrón de cerveza a medio tomar. Yo me senté en una mesita y pedí un martini. Había agua alrededor de su porrón y un platito con escarbadientes usados, y él se había acodado en el mostrador como un cowboy viejo, cansado de cabalgar por paisajes desolados. El giro que tenía que hacer para hablar conmigo era mínimo, y no lo hacía. De repente, como si hubiera estado juntando fuerzas, se giró. Sus ojos azules, caídos como los de un basset, estaban mojados, parecía a punto de llorar; su postura, su manera de hablar y su expresión contradecían esa primera impresión de pena. En un inglés norteamericano que le empujaba la boca hacia el costado me preguntó de dónde era y apenas escuchó la respuesta para contarme que él era de Nevada y estaba recién llegado de París, camino a Afganistán. Sin demasiados preámbulos, se puso a hablar de Trump. Faltaba un mes para las elecciones en Estados Unidos.

—Los americanos somos un pueblo libre y único —dijo y el pecho se le ensanchó cuando lo dijo—. La ONU y Hillary están aniquilando nuestro espíritu. El de ustedes también —dijo, alzando un poco el porrón de cerveza hacia mí—, porque les prestan dinero y los esclavizan para que se lo devuelvan. En cambio, a los republicanos

verdaderos, ustedes no nos importan.

Estábamos solos en el bar, el mozo que me había servido el martini, una versión ¿ucrania? de un martini, amarillento y dulce, había desaparecido por una puerta al final de la barra. Sonaba un hilo musical de bandas pop en ruso, podría haber sido cualquier hora del día.

—Hillary Clinton es un engranaje fundamental en la organización de los Illuminati, un complot en el que la ONU está implicada también. ¿Sabe quiénes son los Illuminati?

Dije algo acerca de los presuntos complots que van desde la Revolución francesa hasta la muerte de Kennedy y el VIH.

—No sabía lo de la Revolución francesa. *The bastards*. Nos van a terminar destruyendo.

—¿Usted cree que Isabel II y Jay-Z forman parte de la Orden? —dije y no pude evitar preguntarlo con seriedad, como si me contagiara de la de él.

—No me extrañaría.

—¿Y Angelina Jolie?

—Angelina Jolie es reptiliana. Es una historia muy diferente.

Los reptilianos no parecían despertarle tanto rechazo. Siguió hablando de los Illuminati y de las mentiras de Hillary Clinton hasta que se le terminó la cerveza.

—*Waiter!*

El mozo reapareció con un porrón ya servido y él le pidió con un gesto que secara el mostrador.

—¿Qué está haciendo usted en Odessa? —me dijo cuando el mozo volvió a desaparecer por la puerta al final de la barra.

—Vine a un festival de literatura.

La cara de él no expresó ninguna emoción, pero tomó un trago de cerveza y pareció recorrerlo un temblor que no supe si atribuir al frío de la cerveza o a lo que acababa de oír.

—Es escritora —dijo.

—Sí —ya era tarde para decir otra cosa.

Él giró el cuerpo hacia la barra como si diera por terminada la conversación. De pronto volvió a hablar, aunque parecía que no se

decidía a estar de frente a mí otra vez.

—Los de Medio Oriente son tribus prehistóricas. Mutilan a sus mujeres, tienen una mentalidad obsoleta, no se puede hacer negocios con ellos —resopló y me miró—. Si fuera por los republicanos, si fuera por mí, haría todo para que el mundo fuera un lugar donde la gente como usted pudiera divagar tranquila —hizo unos movimientos erráticos con las manos en el aire—. Yo soy totalmente hemisferio izquierdo. Si no gana Trump, se acaba el mundo. Hillary Clinton es el demonio. La ONU también. Son globalizadores. Nos van a aniquilar a todos —me miró con lástima. Tomó varios sorbos de cerveza y se quedó con la vista perdida—. Los americanos somos el pueblo elegido y por eso los Illuminati nos quieren convertir en zombis. Lo sé gracias a mi hemisferio izquierdo. Usted es hemisferio derecho. Créame, Trump es lo mejor que les podría pasar: a usted y a su país —levantó el porrón de cerveza en mi dirección.

Es traficante de armas, decidí mientras me lavaba los dientes antes de irme a dormir. En París acababa de terminar una de las más importantes exposiciones mundiales de armas y él había dicho que venía de París y que estaba camino a Afganistán. Dos más dos son cuatro. En los próximos días no lo vi ni en el desayuno ni en el bar ni en los pasillos.

Descubrí que en Odessa muy poca gente habla inglés, que la pileta del hotel era de un turquesa deslumbrante y perfecta para nadar, pero que en el spa solo podían darme una gorra de baño, una cofia transparente que se llenaba de agua a la segunda brazada. Conseguir una gorra de natación se volvió una misión imposible. Leer las calles en el alfabeto cirílico también. La descripción de internet que decía que el hotel quedaba a pocas cuadras del mar no quería decir que cerca hubiera una playa de orillas que se perdían en el horizonte. Apenas unas cuadras más allá de la zona del hotel con sus construcciones decimonónicas color arena rosada, la ciudad se convertía en la Unión Soviética, gris y uniforme. Salí a caminar día tras día sin alejarme. Caminaba abstraída, escribiendo en mi cabeza el cuento de una mujer que entraba a una iglesia y se quedaba encerrada y no encontraba la manera de salir para asistir a un congreso al que la

habían invitado; el principio de una escena familiar en los patios que espiaba desde los portales, gente gregaria y feliz; niños con palomas mensajeras y maestros de natación; mujiks. Un guía turístico contó cómo era la ciudad cuando se instalaron los primeros habitantes, la Odessa polvorienta de Pushkin, en la que no había ni agua ni material para construir nada; frente al Monumento a la Naranja describió con voz monocorde pero informada los años de cambiar granos por piedras de construcción, habló de las naranjas que mandó Richelieu (no el conocido sino el sobrino) a Catalina de Rusia a cambio de fondos para la construcción de la ciudad. La corrupción medida en naranjas. Yo seguí a los del tour escribiendo y corrigiendo mentalmente un poema con naranjas rodando por el mar y las estepas nevadas de Rusia, naranjas como soles en la nieve. El guía dijo algo del milagro de Odessa y cuando volví a prestarle atención estaba hablando de los gobiernos corruptos, pero yo ya no sabía de qué época estaba hablando ni de los gobiernos de dónde exactamente y me desprendí del tour. Me compré una botella de vodka y la guardé en el minibar.

En el hotel había muchos americanos. Yo también les empecé a decir americanos, como si en un lugar tan lejano como ese no tuviera sentido ponerse específica. En el patio del hotel había una fiesta permanente. La fiesta de los americanos. En los días que siguieron hubo música a toda hora, y voces y entrechocar de copas. La música no me dejaba dormir hasta pasadas las dos de la mañana.

Una noche, después de comer, me encontré con el americano del primer día en la puerta del hotel. Un chico joven sostenía las riendas de dos magníficos caballos blancos y el americano se sacaba fotos frente a los caballos con dos rubias exuberantes de shorts y botas, una de cada lado.

—Ella cabalga desde la infancia —le dijo el americano al joven que sostenía las riendas. Se lo dijo con orgullo. “Ella” era la rubia de la derecha.

Estaban ahí, iluminados por los faroles del hotel como en la escena de una película. Cuando entré a la luz, él me saludó con una inclinación de cabeza. Tuve que sortear a las rubias y a los caballos

para acceder a la entrada del hotel. Subí las escaleras con un desconcertante sentimiento de despecho. Al día siguiente, en el desayuno, me senté cerca de la mesa que compartían el americano y otro americano bajito, con aspecto de oficinista, vestido con ropa de deporte. Escuché un retazo de la conversación: "Si fueras un swinger como yo…", decía el americano bajito. No pude escuchar el resto de la frase. En ese desayuno los americanos eran como veinte. Había una mesa de cinco, otras de dos y de tres, todos hombres, todos distintos y a la vez iguales, aunque no podría decir de qué modo. Nunca fui buena para escuchar conversaciones ajenas, me pierdo, necesito mirar a los que hablan y era imposible en esa situación; escuché fragmentos, pero el tema de las conversaciones era inconfundible. Se estaban contando historias de *boy meets girl*. Una y otra vez. Por un momento no pude pensar en ninguna diferencia entre ese grupo de hombres y yo. No fue un alivio.

—¿Va a perderse hoy? —me preguntó el americano cuando me lo encontré más tarde a la salida del hotel. Fumaba un cigarrillo apoyado en la pared, con una pierna flexionada y su bota tejana contra la piedra color arena. No le había dicho nada de mi tendencia a perderme, pero antes de recordar que lo que él me acababa de decir es una expresión común en su lengua, me sentí comprendida.

—Me voy a perder en la playa.

—Está demasiado vestida para la playa.

—Siempre puedo sacarme la ropa.

—Va a estar fresco en la playa.

—Sí, por eso me abrigué.

¿Siempre puedo sacarme la ropa? ¿Qué me había hecho decirle eso? Él dio por terminada la conversación con un cabeceo leve, como si hubiera perdido de pronto todo interés en lo que me pareció un fugaz espadeo.

La playa más cercana estaba llena de colillas, de chiringuitos de colores chillones en reparación, el ruido del mar quedaba tapado por los martillazos y las sierras eléctricas. Había ucranios en trajes de baño con el agua hasta la cintura y ucranios con sobretodo y gorro, pero no había ningún sueco nadando crawl. El americano tenía razón:

yo estaba demasiado abrigada. Me senté a escuchar el sonido de las voces en la playa, las olas en la orilla de ese mar calmo como una laguna.

A la noche fui a comer a un bistró a la vuelta del hotel. La comida podría haber sido de cualquier bistró en cualquier parte del mundo. El barman joven y musculoso, también; la moza joven y desenvuelta, también. Estaba rodeada de jóvenes. Una cofradía de jóvenes bellos que se seducían unos a otros y se repartían el mundo.

De vuelta en mi cuarto me quedé despierta escuchando la fiesta en el patio de abajo. La fiesta de los americanos y las rubias jinete con sus cuerpos exuberantes, rubias fértiles. Tenía las manos y los pies helados. Busqué una frazada en el ropero y me quedé dormida a pesar de que sabía que la ola de calor me iba a desvelar en poco rato. Me desperté empapada de transpiración. Tiré la frazada y el cubrecama al piso, pateé la sábana, me saqué el pantalón del pijama, la remera blanca. La sábana de abajo estaba empapada también. Si volvía a escuchar "La isla bonita" me iba a tirar por la ventana para que mi cadáver cayera en el medio del patio. Me rodearían los americanos, ojos de basset diría que me había conocido. ¿Me recordarían las fértiles rubias jinete?

Al día siguiente descubrí que las escaleras Potemkin estaban en reparaciones. Unos cartelones las cortaban en dos y era imposible mirarlas y recrear el cochecito bajando en cámara lenta. Seguí los desvíos marcados con cartelones y bajé hasta el puerto donde cientos de marineritos estaban amontonados para embarcar. Había madres y novias llorosas con ramos de flores, hombres con expresiones de nostalgia y extranjeros curiosos y, en el centro, una isla blanca de gorras de marinero, inmensa y resplandeciente. Cuando alguien a mi espalda dijo que se iban a la guerra, se me llenaron los ojos de lágrimas.

Al atardecer volví a encontrarme con el americano. Estaba sentado en uno de los bancos del bulevar Primorsky y me hizo señas para invitarme a que me sentara a su lado. Olía a cerveza. Los marineros se estaban embarcando en su viaje de egresados, no iban a ninguna guerra, me dijo cuando le conté. Él lo sabía. Era electricista en las

bases de Medio Oriente. Su nombre era Bruce.

—Las mujeres de mi país son malcriadas, egocéntricas y materialistas —dijo mientras seguía con la mirada a una mujer joven en bicicleta—. Todo lo cuestionan. La liberación femenina arruinó a la familia. Las mujeres nos tratan como a cerdos inútiles. Yo gano siete dígitos por año, merezco una mujer enamorada —le temblaban las manos llenas de manchas.

—¿Y cómo le gustaría que fuera su mujer? —me imaginé a mí misma en un rancho de Texas en el medio de la planicie, planchando las camisas de Bruce, cocinando el pavo de Acción de Gracias con un delantal de cuadros rojos en una cocina con mesada de madera hecha por Bruce, haciéndole masajes en las manos cuando volviera cansado de las bases de Medio Oriente.

—Estoy buscando una esposa ucrania. O rusa —en el silencio que siguió él pareció evaluar a su futura esposa—. No necesariamente una esclava. Quiero una esposa tradicional.

—¿Qué edad le gustaría que tuviera su esposa?

—No quiero que todos mis amigos se babeen por mi mujer. Treinta, treinta y cinco años estaría bien. Una mujer ucrania que no hable inglés me parecería bien, considerando las circunstancias.

—Una mujer ucrania o rusa, treinta y cinco o cuarenta años menor que usted, que no hable inglés le parecería bien, considerando las circunstancias —le hubiera dicho para que se oyera a sí mismo, pero no se lo dije.

Por el bulevar Primorsky pasaban para un lado y para el otro mujeres con calzas de colores chillones, parejas con hijos, niños en monopatín. A fines del siglo XIX, los enamorados del cuento que había leído en el avión habrían caminado bajo la sombra de los árboles, las mujeres irían con sombrillas y zapatos abotinados, el destello pasajero de un tobillo prohibido despertaría pasiones. Unos metros más lejos, un viejo acordeonista de traje oscuro y zapatos en punta, gastados pero brillantes, tocaba “Por una cabeza”.

Bruce dijo lo que dijo con el mismo tono en el que había hablado de Trump y de Hillary Clinton, el de alguien que está muy lejos de lo que cuenta: los americanos del hotel, el oficinista vestido con ropa de

deportes, todos los que ocupaban las mesas del desayuno, él mismo estaban en un tour que los llevaba por Ucrania en busca de una esposa, una *hot russian bride*. Le habían pagado 35.000 dólares a una organización internacional de citas para que se las consiguiera. De eso se trataba La isla bonita del otro lado de la ventana.

—Yo estuve casado. Estuve enamorado —dijo Bruce. El tono era distinto ahora—. Mi mujer se hizo un aborto sin decírmelo. —Estaba levemente girada hacia él y los ojos de Bruce, de un celeste lavado, me parecieron indescifrables, no podía decidir si su mirada era de indiferencia o de pena—. Yo quería mucho tener un hijo.

El americano oficinista, vestido, ese mediodía, de expedicionario, pasó del brazo de dos mujeres de minifalda y tacos altísimos. Caminaba con sus bermudas y sus borceguíes entre las dos mujeres que medían por lo menos medio metro más que él. El pelo largo de ellas se balanceaba al ritmo de la caminata. Iban riéndose. Bruce los siguió con la mirada.

—A veces creo que es todo una estafa —el acordeonista tocó por quinta vez "Por una cabeza"—. Las mujeres de las fiestas parecen prostitutas. Nos hacen gastar mucho dinero, son demasiado jóvenes. Pero hay historias con final feliz. Yo conocí a un electricista como yo que se casó con una mujer rusa y son felices.

Al despedirnos, me citó para más tarde en el bar del hotel.

El parque por donde se paseaban durante un par de párrafos los del cuento que había leído en el avión era inmenso, y alrededor de un monumento a Garibaldi un militar daba un discurso frente a hombres muy jóvenes que después se desplazaron marchando entre los árboles. Me senté en un banco al lado de una mujer inmóvil. Escribí mentalmente el principio de un policial con traficantes de armas, asesinatos y esclavos, una obra de teatro en el sauna del hotel, en la que una mujer se equivocaba de toalla a la salida del baño turco y hacía enojar a un mafioso ruso.

Volví al hotel, Bruce ya estaba en el bar, que olía a queso fundido, sentado contra la ventana en uno de los sillones de terciopelo verde. El mozo le servía un whisky. No era el primero, los hielos estaban derretidos y Bruce agregó un par de cubitos de una hielera plateada y

transpirada que había sobre la mesa. Me hizo un gesto con la mano para que me sentara.

—Un martini —le dijo al mozo. Yo no quería uno de esos martinis.

Por primera vez me preguntó algo sobre mis libros.

—Afganistán es el infierno —me interrumpió casi enseguida—. Estamos en pleno tendido de cables con otros operarios y vienen los soldados corriendo y nos echan para entrar un herido en camilla. Ni tenemos tiempo de desarmar los andamios y salir y los médicos trabajan sin ni siquiera desinfectar el lugar. Cortan brazos y piernas, serruchan huesos. Tenemos que seguir evacuando el lugar lleno de sangre. Volvemos enseguida a tender los cables con la sangre fresca secándose en el piso y las paredes —tomó un trago de whisky y me miró a los ojos—. Casi no duermo en Afganistán.

Miré por la ventana hacia el bulevar Primorsky. La oscuridad más allá de los faroles se tragaba los cartelones; abajo, a lo lejos, el mar seguía ahí. Me tomé el martini amarillento. Pedí otro.

Estaba más borracho que yo cuando me despedí de él. Subimos las escaleras y me quedé en mi piso, me acerqué a la baranda para verlo subir, vacilar en cada descanso, seguir sin mirar hacia atrás. Después de perderlo de vista fui a mi cuarto.

Más tarde, ya hacía mucho que se había terminado la fiesta en el patio, me despertó un tintineo. Mi cama estaba temblando, el cuarto todo se sacudía, el tintineo venía de adentro del frigobar o del baño. Se volvía más fuerte. Se escuchaban puertas que se cerraban de golpe y a alguien que corría por el pasillo. Una mujer gritó y escuché voces alteradas. Bajé corriendo las escaleras. Había gente en pijama en la calle. Una rubia envuelta en una sábana. Esto es lo que va a pasar, me dije con la estrategia que arma mi imaginación para defenderme de mis emociones: los americanos, las rubias, los caballos, los conserjes, los rusos del sauna, yo, claro, yo, que tendré en mi haber el glamour y la mala suerte de haberme muerto en un terremoto en Ucrania a doce mil kilómetros de distancia de mi ciudad natal, doce mil seiscientos cuarenta y dos kilómetros de distancia de mi ciudad natal, para ser más exacta, todos nos vamos a precipitar por las grietas abiertas al corazón de la tierra. Los empleados del hotel salieron a calmar a los

huéspedes. *Earthquake. Zemletrus*. No era grave, podíamos volver a nuestros cuartos.

Bruce pareció brotar de la oscuridad más allá de los faroles de la entrada, se acercó y me tomó de la mano. Me dejé llevar. No hablamos. Subimos la escalera, pasamos de largo por el piso de mi habitación, fuimos a la habitación de él. Nos acostamos en la cama deshecha. El cubrecama estaba en el piso. Yo tenía ese frío premonitorio. Me pidió que me desvistiera y yo me desvestí sin levantarme, como si estuviera sola. Me tapé con la sábana. Él no me miró. Después nos besamos. La boca de él tenía el gusto rancio de algún cigarro que se habría fumado. Se apartó y se quedó destapado mirando el techo. Me giré, pero él seguía mirando el techo.

—Debe ser por el terremoto —dijo.

Yo también me puse a mirar el techo. El calor pronosticado por el frío me subió hasta la cara, me empapó los muslos, la espalda, la nuca. Me levanté el pelo y volví a apoyarme en la almohada. Él rodó y me dio la espalda. No pude saber lo que quería él ni mucho menos lo que quería yo. No era que me quedara ni que me fuera, no era quedarme ni irme, no era tocarnos, no era nada de lo que podíamos hacer. Era otra cosa, imposible, que ninguno de los dos podía expresar.

Supimos al desayuno que el epicentro había sido en Rumania y había llegado a seis en la escala de Richter. En Odessa no había llegado a dos. *Nothing to write home about*, habrán dicho los americanos. ¿Cómo se podría traducir la expresión? ¿No hay nada que contar?

No lo volví a ver. El día antes de que empezara el festival de literatura, el conserje me dio una nota con una dirección de mail escrita en una letra temblorosa. Bruce y un apellido ilegible. La guardé en la billetera y de vuelta en mi casa en Buenos Aires la metí en el cajón de mi escritorio. Durante meses me la encontraba cuando buscaba otros papeles. Un día la tiré. Si no la hubiera tirado, le escribiría. Quién sabe para qué.

Escribo esto ahora que los rusos bombardearon Ucrania, Odessa.

Bombardearon la obra monumental que anunciaban los cartelones. Bombardearon a las rubias jinete, al acordeonista, a los que se bañaban con el agua por la cintura, a los de sobretodo y gorro, a los jóvenes del bar, a los niños en monopatín.

Quería un sacacorchos que no levantara los brazos como si se entregara, como si le diera placer que él estuviera haciéndole girar la cabeza con sus manos hábiles. Tenía hambre y quería café y no sabía exactamente dónde había guardado mi taza, mi taza que era su taza y a mí me gustaba tanto que se convirtió en mi taza. Estuve por tirarla a la basura, pero la guardé, la metí en un lugar y no me acordaba exactamente dónde. A él le gustaban las tazas a la vista, por eso la escondí. Me daba placer dejar de hacer cosas que había cambiado por él, sentir el impulso de obediencia y desobedecer, como si desarmara algo. Sentía que después de estar con él había quedado corregida con birome roja, toda tachada y llena de marcas y comentarios y me estaba pasando en limpio. Quería volver a la versión anterior a conocerlo y que él no pudiera decirle a nadie que me encontró parada en la calle como si un viento cualquiera pudiera llevarme.

No lo contradije. Cuando se fue quise contradecirlo.

No volví nunca al café de la calle Güemes. Cuando pasaba caminando, me cruzaba de vereda. Bueno, el primer 11 de marzo sin él fui porque encontré una anotación suya en mi agenda. Decía: "Festejar haberme conocido". Festejar haberlo conocido. ¿Cuándo habría hecho esa anotación sin que yo me diera cuenta? El 12 y el 13 también volví porque tenían un café nuevo y me lo terminé comprando. 40 % Colombia, 30 % Brasil y 30 % Etiopía. En mayo me pareció verlo en una de las mesas de la vereda. Se me cruzó la idea de taparle los ojos y de apretárselos muy fuerte, me imaginé esa resistencia que tienen los globos oculares a la presión y por un momento sentí una gran alegría. Pero no era él. Por suerte porque no le pensaba hablar.

Le dejé un mensaje en el contestador para que viniera a buscar su

mueble de carpintero, y no venía. Una carta manuscrita, como las de antes, cuando éramos jóvenes. Me parecía verlo como si yo fuera el sobre que había pasado por debajo de la puerta y él allá arriba mirando hacia abajo. Esperaba que no dejara de leer la carta cuando viese que era mía. Alguien que dice “no éramos material para estar juntos” es capaz de tirar a la basura una carta sin leer.

Me hubiera gustado decirle que nadie graba mensajes con música en el contestador del celular. Y que me había dado cuenta de que no quiso cortar la frase musical, era insoportable esperar a que terminara. Varias veces dejé el teléfono sobre la cama y me fui a hacer cosas, pero me distraje y cuando volví no me animé a hablar porque no sabía cuánto llevaba el silencio.

No quería su mueble de carpintero ni sus zapatillas rojas. No podía creer que él pudiera vivir sin ellas. Me parecía que lo seguían como un perrito. Un sábado antes de separarnos me las encontré en el pasillo y hubiera jurado que se estaban moviendo hacia el cuarto donde él todavía dormía. Tenían la forma de sus pies y esas marcas en la puntera de cuando los engancha en los travesaños de las sillas, en los caños de las barras de los bares, donde sea que encuentre un lugar para engancharse como si fuera él el que tiene miedo de salir volando.

Las guardé en el cajón de la derecha donde estaban los destornilladores. Quedaron algo aplastadas. Fue un poco como aplastarle los empeines y me pasé un rato abriendo y cerrando el cajón.

A veces me acercaba al mueble de carpintero y cerraba los ojos y era como si estuviéramos ahí, embadurnando los trapos con cera después de pulirlo con viruta de metal.

Un electricista que vino a arreglar una lámpara dijo que el mueble debía haber sido hermoso en su juventud. Yo le mostré cómo todavía

había olor a cera si uno se paraba cerca. Le pareció inestable para ser un mueble de carpintero. Usó la palabra maltratado o manoseado, no me acuerdo bien. No lo había pensado, pero entonces me pareció que tenía razón. Me quedaba mirándolo un rato largo, como dicen que hay que mirar para dejar de sentirnos separados de las cosas. Y pensaba que si él se hubiera animado a dejar el trabajo en la inmobiliaria y se hubiera dedicado a la carpintería tal como soñó siempre, el mueble irradiaría algo que no irradia. Igual es hermoso, pero tiene un aire resentido.

Agradezco los destornilladores, el martillo, la terraja de roscar (siempre que él la usaba me daba hambre, comía a escondidas). No sé bien para qué sirve. Me encanta. Me la guardé. El buril, las brocas y el berbiquí para hacer agujeros, es lindo el berbiquí. La cizalla que fuimos a buscar al fin del mundo porque era la cizalla que él siempre había querido para cortar las hojas de metal. Después se olvidaba de que la tenía. ¡Cuántos galpones recorrimos mirando cizallas! Cada vez que llovía un sábado, decidía sacarme de la cama calentita para ir a buscar herramientas. Y se quedaba mirando cizallas como si no tuviera.

¿Por qué lo dejaba sacarme de la cama?

Debería devolverle la remachadora, el tornillo de banco, el goniómetro del siglo XIX que heredó de su abuelo. Me gusta el punzón por puntiagudo y el granete, no sé para qué, pero el gramil capaz que se lo devuelvo, ¿dónde voy a querer hacer yo esas líneas paralelas? También me voy a guardar el metro con las marcas que le hice con el largo de sus huesos. Todavía me asombra el largo de su tibia.

La primera vez que lo medí estaba durmiendo. Abrí muy despacio el metro de carpintero, no me oyó, no se despertó cuando le destapé la pierna conteniendo la respiración, retiré el edredón con movimientos muy lentos, al compás de cada una de sus respiraciones. Fui abriendo el metro al costado de su pierna, sin tocarlo. La tibia medía más de una varilla, seguía después de la bisagra en la varilla siguiente. Hice una marca roja con una te mayúscula. Seguí con el peroné, con los

empeines, con los dedos del pie. T, P, E, D.P. Se movió semidormido y tuve miedo de que se despertara. Para medir el torso y el ancho de los hombros me incliné sobre él. El aire que exhalaba me rozaba el flanco. Eran anchos los hombros. Seguí con los brazos, con las manos, con los dedos. Nunca se despertó.

Durante mucho tiempo, después, abría el metro y lo tiraba en la cama y me acostaba al lado y lo iba cambiando para que fuera su tibia, su fémur, lo abría a un costado como si fuera su húmero que se abría para abrazarme. Su cuerpo se terminaba armando en mi cabeza cuando sumaba el largo de sus huesos. Antes de dejar de hacerlo no llegaba a armarlo entero, solo la tibia. T.

Vendí el reloj comparador. Es para determinar pequeñas diferencias de medida y no quiero nada tan minucioso. Me pagaron muy bien y me voy a comprar algo que haya querido toda la vida. Todavía no sé qué.

Aunque debería devolverle la llave inglesa, no se la voy a devolver. La veo y veo el bolsillo de atrás de sus jeans y lo veo de espaldas alejándose por el pasillo. Los tornillos los puse en unos frascos que también me guardo. No creo que los use mucho, pero tienen algo de colección de insectos que me gusta.

La morsa se la dejo. Es muy pesada y no aprendí a usarla. Él, que es tan hábil, podría meter una mano y apretársela bien apretada hasta que duela. A mí me gustaría apretársela hasta que le doliera mucho, hasta que lo hiciera llorar y pedir piedad. No lo liberaría, aunque me llorara un mar.

Si el domingo al mediodía no vino, voy a hachar su mueble.

Mis almohadas están desparramadas por el cuarto, alrededor de la cama deshecha, la almohada que uso entre las rodillas, bajo las sábanas, las cuadradas se amontonan en la cabecera. Uso una contra el respaldo de la silla cuando me siento a meditar. Inspiro, exhalo. Soltar los pensamientos, son como nubes que pasan. La espalda derecha y el cuerpo relajado. Con la puerta detrás, no. La conciencia en el cuerpo. Tan cerca de la cama, no. El asiento es muy corto. Me duele mucho la pierna izquierda, mucho. Gratitud por este momento. Gracias, gracias, gracias. Nos regocijamos por no habernos muerto anoche, por habernos despertado una vez más a esta vida preciosa. Gracias. El mueble de carpintero, no. Este corazón todavía late, este cuerpo todavía está vivo. Gracias, gracias, gracias. Me duele mucho la pierna. El cuerpo de él, no. Como nubes. No te aferres.

Fui yo la que lo dejó. Él se traía la copa de vino a la cama. La apoyaba ahí. Seguía tomando en la oscuridad. En silencio. No era alcohólico. A Alcohólicos Anónimos le parecerá que sí, pero yo creo que no era. Era una forma de huida. O una afrenta. O las dos cosas. Yo lo escuchaba tragar en la oscuridad. Esperaba que me hablara o que me tocara. Que me tocara. Deja ir, como nubes.

Me daba la impresión de que lo aterraba la sola idea de que yo hiciera un movimiento o dijera algo. Él me había preguntado si a nuestra edad me parecía tan importante el sexo. ¿A nuestra edad? ¿Qué me espera entonces? Treinta años sin sexo si no me muero antes. ¡Nubes! Era una bonoba resentida, ahí en la oscuridad. Una depredadora sexual. Un día le pregunté: ¿Te molestaría que yo buscara por otro lado? Me resultaría intolerable, dijo. Yo no iba a buscar nada por otro lado. Me gustaba él. Estaba ahí acostada a oscuras. Tocame. Trago de vino. Tocame, tocame, trago de vino, por favor tocame, trago de vino. Vence tus emociones negativas y cultiva. No escuché qué es lo que tengo que cultivar.

Sentía su cuerpo todo a lo largo de mi costado, a lo largo de mi costado izquierdo.

Veinte minutos por reloj antes del calor, venía ese frío ártico, como si me hubieran tirado desnuda en un campo de nieve. Como estaba él ahí, yo le daba la espalda y me encogía y me ponía a esperar esos veinte minutos antes del calor sofocante.

Un día le conté.

—Es un volcán.

—¿Un volcán?

—Un volcán.

Y de ahí en más cuando le daba la espalda y me sacaba la ropa, me preguntaba ¿volcán? Volcán, le decía yo. Y a veces él me apoyaba la mano en la cadera mojada. ¿Volcán? Volcán. ¿Volcán? Volcán. Y el ruido del vino pasando por la garganta.

Tenía sueños repetitivos.

En uno trataba de hablarle, de decirle que mis caricias eran una exploración.

En otro había una luz roja que brillaba del otro lado de una bahía. En la oscuridad curva no sabía dónde era mi hogar, no sabía dónde estaba mi gente. No tenía gente. Solo el mar.

Se metía en la cama sin lavarse los dientes. Era capaz de quedarse en silencio durante mucho rato, pero no en un silencio manso, en el silencio torturado del que no puede hablar de lo que necesita ser dicho.

Un desayuno le conté mis sueños, el sueño en el que no podía hablarle, el del mar. Otro en el que me moría de sed y el agua que me metía con ansia en la boca no me la quitaba, ni siquiera me refrescaba la boca reseca.

Qué pesadillas horribles, dijo.

Sí.

Tengo atadas a las personas de mi historia como a latas detrás de los autos de los recién casados.

“El drama nos enfrenta con nuestra humanidad.

”El melodrama nos hace flotar de modo inapropiado, nos apacigua porque no somos el malo de la historia.

”La tragedia nos dice: elige, pero sea lo que sea que elijas, vas a equivocarte. Eres humano”, dice David Mamet.

Depende los días, califico mis desencuentros como dramas o como melodramas. Tragedias, no. Sé que no.

No creo que mi dificultad para encarnar tenga nada que ver con mi dificultad para sentarme a escribir, pero todo puede ser. Al fin y al cabo, cada materialización debe ser responsable de más encarnación. Así como me cuesta elegir sobre qué escribir, me cuesta elegir qué pensar y eso sí debe ser lo que dijo de la cabeza caliente la china que no era china.

De solo escribir estas últimas oraciones me subió el calor. Un rato antes había ido a subir la calefacción por el frío que sentía, tenía las manos heladas, no me había dado cuenta de que era el anuncio del calor que vendría, como si hubiera sido la primera vez. Que mi cuerpo estuviera haciendo esas cosas era muy incómodo. Había demasiados pensamientos obsesivos en esa etapa de mi vida en medio de la mente que deambulaba. Me iba por las ramas. Era más llevadero distraerse que enfocarse.

El lugar era un edificio de varios pisos en una calle llena de gente y de tráfico en Bangkok, un palacio del masaje. Pasando la recepción había una vidriera que daba a un salón con gradas. En las gradas había mujeres sentadas, con escotes, sin escotes, las piernas desnudas, cruzadas una sobre la otra o con las rodillas juntas y los tobillos entrecruzados, vestidas con enaguas, polleras cortas o camisones. Cada una tenía un cartelito redondo con un número que sostenía en una mano como un chupetín. Mi novio, un hombre catorce años mayor que yo que acababa de dejar a su mujer, eligió a la del número tres y me dijo que eligiera otra. Había habido tantos masajes en ese viaje: en cabinas diminutas de salones en distintas ciudades, en la playa, mujeres con sombreros de paja triangulares que ofrecían masajes de a dos o de a tres. Madé parecían llamarse todas las que me tocaban a mí, hasta que alguien me explicó que *madé* significa "hermana del medio". Este lugar de la vidriera parecía distinto, pero yo ya entonces era tan impulsiva para actuar como lenta para unir cabos. Las elegidas se pararon y salieron del salón detrás del vidrio para venirnos al encuentro con una sonrisa. En el ascensor nos preguntaron si queríamos ir todos juntos a una habitación. Yo, no supe bien por qué, dije que no.

El cuarto tenía una gran cama redonda con un espejo en el techo. Empecé recién ahí a atar cabos. La mujer era menuda y tenía manos fuertes. Mi cuerpo a los veinticuatro años tenía los músculos tensos de la gimnasia diaria. Hacía días que viajábamos y caminábamos largas distancias, recorríamos playas, nadábamos, llegábamos cansados a los hoteles. No teníamos sexo. Me había sacado una foto desnuda frente al espejo para tratar de entender por qué. Mi resentimiento se había convertido en rechazo.

Así que después de semanas de viaje, una mujer me masajeaba con todo el cuerpo, se deslizaba por mi espalda, por mis piernas, por mi

vientre y por mis flancos. Cuando terminó el masaje, la mujer preparó un baño de espuma y me llevó de la mano, me metió en el agua, me enjabonó con suavidad, me lavó el pelo. Como a una niña.

—*All the way?* —me preguntó.

—*All the way?* —repetí, como si no entendiera inglés.

La mujer sabía que yo hablaba inglés, de hecho, había contestado todas sus preguntas, pero no podía entender esta.

—No —dije. Otra vez no terminaba de saber por qué estaba diciendo que no.

Me pregunto si podría haber dicho que sí, si podría haber hablado con él. Cuando me muero de añoranza por mi cuerpo joven, me gustaría haberle preguntado a ese hombre qué pasó ese día, qué nos pasó en ese viaje.

Treinta años más tarde traduje “Adán y Eva”, un poema del estadounidense Tony Hoagland.

Termina con un verso que me viene a la mente: “Hasta que no digamos la verdad, no puede haber ternura. / Mientras haya deseo, no estaremos a salvo”.

Miraba una receta por YouTube mientras esperaba señales de vida del carpintero. ¡Esas uñas frenchitas, Dios mío! Qué lenta era esa mujer con música de fondo de lobby de hotel. Yo le acababa de mandar al carpintero un video de la lluvia del fin del mundo del otro lado de mi ventana. Lo único que a mis ojos justificaba su silencio era un derrame, un ACV, la muerte. Pero sabía que no era ninguna de esas cosas. No había pruebas que me liberaran de esa jaula. Sal. Pimienta negra. Y esas uñas con el bordecito blanco metían un pollo pálido y unas papas en la olla. Una por una, las papas eran como diez, en tiempo real. La miré hasta la última papa. ¡¿Y dónde carajo estaba él?¡ ¡La deberían ver rayando queso para meterle al pollo con papas! ¿A quién se le ocurre meterle queso a un pollo con papas?

Para la Iglesia Católica “la procreación posterior al climaterio señala la presencia de un vehículo moral entre Dios y los hombres más allá de la naturaleza”. En la Biblia, Ana, la prima de María, engendra a Juan, el que será el Bautista, muy pasada la edad de procrear.

El carpintero me hizo desear cosas que pensé que no iba a desear nunca más. Los franceses hablan de *la folie à deux*. La mía no fue una locura de a dos, fue mía sola.

Por lo general no escribo poemas. Pongo este, no porque me parezca un buen poema, sino porque tiene un poder de síntesis que no conseguiría si tratara de contar los vericuetos que resumo aquí.

El niño planta.
Ningún embrión podría anidar
en esta sangre pálida y aguada
que se va de mí ahora, una vez
por mes, cada dos meses a veces
tres. La preceden unos días de desazón
abotagada.

La mancha de un rosa de pez
hace pensar en huesos que se
diluyen, en una urdimbre cuarteada
sin un solo rastro de humedad.
No trae noticias
ni malas ni buenas.

Ah, llevar una vida mínima anidada
contra todos los pronósticos
un milagro como el
de la prima de la virgen.

El niño —sería un niño—
yo no podría decírselo al padre
por no afligirlo
sería solo mi responsabilidad.

Le haría su cuarto en el lugar donde escribo.
Escucharía su respiración, sus gorjeos.
Sería para siempre el fruto desatinado
de un amor tardío.
No crecería nunca por más que lo regara.

Me pasa que me voy a morir y a la vez está esa palabra, esa palabra que buscaba ayer para la traducción. La eternidad estaba concentrada en esa palabra que no podía ser otra, la palabra con la temperatura justa, con el sonido justo, con la capacidad necesaria para abrirse a esa idea, en ese verso. La lupa estaba donde tenía que estar y nada más existía. Eso es la felicidad, como un beso perfecto que concentra el universo a la vez que lo borra.

Antes de separarnos el carpintero decía: No conozco ningún hombre que pueda tener sexo a los setenta sin ayuda.

Traté de desarrollar una conversación sobre otras posibilidades. Expliqué, desarrollé, desplegué. El sexo es un encuentro con otro, es entrega, es perder los bordes, justamente, de quien soy yo y quien es el otro. El cuerpo es vasto y es vasto lo que lo rodea y lo nutre y habita.

Le leí a John Berger:

“El deseo sexual, si es recíproco, origina un complot de dos personas que se hace frente al resto de los complots que hay en el mundo. Es una conspiración de dos. El plan es ofrecer al otro un respiro ante el dolor del mundo. No la felicidad sino un descanso físico ante la enorme responsabilidad de los cuerpos hacia el dolor. En todo deseo hay tanta compasión como apetito. Sea cual sea la proporción, las dos cosas se ensartan juntas. El deseo es inconcebible sin una herida. Si hubiera alguien sin heridas en este mundo, viviría sin deseo. El deseo anhela proteger al cuerpo deseado de la tragedia que encarna y, lo que es más, se cree capaz. La conspiración consiste en crear juntos un espacio, un lugar, necesariamente temporal, para eximirse de la herida incurable de la carne. Ese lugar es el interior del otro cuerpo. La conspiración consiste en deslizarse al interior del otro, allí donde no se lo pueda encontrar. El deseo es un intercambio de escondites”.

Estábamos sentados en un círculo de luz, rodeados de oscuridad, un olor a lluvia inminente entraba por la ventana abierta. Terminé de leerle y lo miré. Podía entrar a nadar en sus ojos.

—Sí —dijo—, pero coger es coger.

Si el domingo no viene, voy a hachar el mueble.

No sé hacer nada de lo que define a un *flâneur*: callejear sin rumbo, vagar sin objetivo, abierto a todas las vicisitudes y las impresiones que le salen al paso. No soy una *flâneuse* indolente y exploradora, no sé leer mapas y puedo hacer varias veces la misma cuadra para un lado y para el lado contrario sin entender si el punto celeste del GPS avanza en la dirección que yo debería tomar o no. Me da angustia perderme. Y me pierdo mucho. Si me pierdo me siento muy desdichada. Supongo que eso me hace una pésima viajera. No me gusta viajar sola, pero he viajado casi siempre sola. En ciudades desconocidas me impongo tareas difíciles que involucran mapas y directivas y la angustia de perderme. Muchas veces me quedaría en el hotel leyendo. Las impresiones que me salen al paso llevan años para encontrar su lugar y a veces vuelven desordenadas mucho tiempo después de un viaje.

La tarea ese día era buscar unos borceguíes muy específicos para mi hija. En Buenos Aires eran demasiado caros, ella me había conseguido una dirección en Londres, donde salían mucho menos, y la tienda que los vendía quedaba en un lugar de la ciudad que precisaba largos tramos en subte con trasbordos. Por fin llegué a la estación correspondiente, salí en dirección contraria al resto de los pasajeros a una calle que parecía la parte de atrás de algo. Las agujas heladas de la llovizna inglesa me golpearon la cara y el cuello. Me levanté las solapas del impermeable. Caminé detrás de una pareja. Iban con la cabeza gacha, hundidos en sus camperas de cuero, con las manos en los bolsillos, pero justo antes de desaparecer por un callejón, se tomaron de la mano. Para entonces yo ya me había perdido. La calle parecía haberse vaciado de gente y por más que caminé y caminé, no encontré ni un pub ni un café ni una tienda donde pedir indicaciones. El puntito azul se movía sin sentido, el mapa giraba sin detenerse. No había señal.

La pequeña vidriera horizontal estaba a la altura de la calle y no

subía más de medio metro. *Foot Massage*, decía un cartel apoyado contra una lámina china con el dibujo de los órganos del cuerpo en los pies. Intestinos, hígado, riñones, vaso, estómago, pulmones, bronquios, ojos, oídos, cerebro, la columna vertebral de punta a punta por el borde interno del pie, la curva del coxis donde termina el arco, el nervio ciático. Otra vez la salvación. Veinte minutos, veinticinco libras esterlinas, media hora, cinco libras más.

La escalera era angosta y estaba tapizada con una alfombra roja en los bordes y descolorida en el medio, la trama a la vista, flejes sucios y combados atravesaban cada escalón. La mesa de recepción se curvaba delante de un espejo al costado de una cortina de terciopelo azul con lamparones. Había un olor dulzón y húmedo y la pequeña sala estaba vacía. En el espejo, la mitad de mi cara tenía manchas oscuras, a la del reflejo le faltaban un ojo, un pómulo, el ángulo de la mandíbula, roída por una enfermedad. Una mano de uñas largas pintadas de naranja furioso abrió la cortina y un hombrecito con los ojos maquillados con kohl y el pelo lacio, seco y tieso, me miró impávido. Apoyó las manos en el mostrador. Tenía unas muñecas tan frágiles que podría haber hecho una pulsera rodeándolas con mi dedo pulgar y mi dedo índice. Le dije que quería un masaje de pies. Me miró con detenimiento. Un hombre alto de traje bajó la escalera, sonrió, me pareció que no a mí, aunque miraba en mi dirección. En el espejo, lo vi meterse por un pasillo que se abría a mi espalda. Su cuerpo ocupaba casi todo el ancho del pasillo.

—Treinta libras —dijo el hombrecito. No le dije que quería el masaje más corto.

Me guio hasta una puerta que abrió para hacerme pasar a una habitación de no más de dos metros de ancho y dos de largo con una camilla entelada. La única luz venía de una lámpara tapada con un pañuelo rojo sobre una mesa redonda muy pequeña con un frasco de vidrio marrón encima.

—Póngase cómoda —dijo el hombrecito y se fue.

Colgué el impermeable mojado y la cartera en el perchero, me saqué los zapatos empapados, las medias húmedas. Tenía los dedos de los pies como hielos. Tuve la impresión de que no entraría acostada en

la camilla. Fuera del halo rojo de la lámpara, los rincones desaparecían en la oscuridad. Me senté en la camilla con las piernas colgando, los pies no me llegaban al piso, pero mi cabeza estaba muy cerca del techo. Me agaché para mirar debajo de la camilla, estaba demasiado oscuro. Mucho después me imaginé al hombrecito en una cocina o en un cuarto con varias mujeres preguntando en tagálog quién me atendería. Me imaginé que ninguna había querido, que por eso tardaron tanto. Pero también pensé que no había pasado nada de eso. Tal vez estaban ocupadas.

Se oyeron dos golpes suaves en la puerta y entró una mujer vestida con un corsé negro escotado. Era bajita como una niña. Tenía el pelo suelto, lacio, de un color que en la penumbra era también rojo, pero tal vez fuera por el pañuelo sobre la lámpara. Su piel parecía de seda y tenía la cara lavada. Debía ser de la edad de mi hija.

—Está vestida —dijo en un inglés raro.

—*Foot massage* —dije.

Me pidió que me acostara, se embadurnó las manos con aceite del frasco marrón y empezó a masajearme los pies. Tenía las manos ásperas y fuertes y a poco de empezar fue claro que el masaje no tenía matices ni estaba dirigido a la terminación nerviosa de ningún órgano específico en el pie. Me amasaba los pies para arriba y para abajo con un énfasis parecido a la rabia y se hubiera dicho que tenía intenciones de hacer eso mismo durante la media hora que durara el masaje.

—Voy a desvestirme, mejor —dije.

—Mejor —dijo la mujer, pero tuve la sospecha de que pensaba que esa había sido mi intención desde el primer momento.

Era agradable la fuerza de las manos. La mujer sabía lo que estaba haciendo. En el silencio se oía el chapoteo del aceite en mi piel.

Le empecé a hacer preguntas.

Dijo llamarse Ruby. Cerré los ojos para escucharla. Tenía una voz un poco nasal, llena de consonantes. Había habido un viaje muy largo, una ventanilla de tren, un paisaje tan diferente al de su vida anterior que le pareció que el último tramo la iba a dejar en otro planeta. Había habido días de un frío intolerable. Las enfermedades que conocía por tener los pies en el agua de los arrozales eran preferibles a

ese frío de los primeros inviernos. Había habido un cuarto lleno de gente triste. Ruby les mandaba dinero a sus padres y hermanos. No les decía nada del frío. El tono era monocorde, como si esa fuera la única manera de contar la historia.

Me pregunté si yo le parecería una vieja tonta.

Ahora, cuando tantas escenas vuelven como si reclamaran algo, me digo que lo que menos importa es si soy o no soy una vieja tonta.

“Si la dejas te persigue, si la quieres te deja”, dijo Quevedo. El carpintero pensaba lo mismo. No lo dijo con esas palabras exactas, dijo: “Las mujeres no se enamoran de los hombres que se enamoran de ellas”. Cinco siglos más tarde.

También había dicho que le gustaba la desnudez. Bailábamos en el living, vestidos, yo descalza, él con los zapatos puestos, sus enormes zapatos con cordones. El deseo se podría haber olido en el aire como a una tormenta cercana. En algún momento yo le proponía ir a la cama. No me miraba mientras nos desvestíamos. Apagaba la luz. Yo encendía la del pasillo para ver nuestros cuerpos en la negrura de mi cuarto. Me acostaba a su lado. Me gustaba el azar de esa iluminación, un hombro, el cuello, media cara, hasta que los ojos se acostumbraban a la oscuridad. Me gustaban nuestros cuerpos largos buscándose. Él seguía con los ojos cerrados. Las primeras veces mi vergüenza me tomó por sorpresa. Parecía venir del pasado. Él empezaba a tocarse. Yo le buscaba la boca. Los besos me arrancaban de la vergüenza. Él se separaba para buscar un ángulo favorable para algo que yo no entendía; concentrado en los genitales se alejaba y hundía la cara en la noche. Todo parecía un tema de posición. Así no, así tampoco. Me era imposible no pensar. Se preocupaba tanto por su erección que yo desaparecía. ¿Dónde estaba la dulzura necesaria? ¿Dónde “la conspiración de a dos”, el apetito y la compasión unidos? Todo se iba desarmando. Yo me decía que no importaba, que estábamos bien, que mis verdaderos problemas eran otros —el desorden, la falta de disciplina—, que si lograba corregir eso las cosas iban a mejorar. “Las cosas”. Mi insatisfacción tenía que ser culpa mía.

De generación en generación, de mujer en mujer decían en mi casa "detrás de todo gran hombre hay una gran mujer". Yo quería ser la mujer detrás de un gran hombre, era mi máxima ambición. Se lo dije a mi primer amor. Él nunca había escuchado el dicho. Le pareció muy bien. También sintió la exigencia de ser un gran hombre.

En mi juventud, en las mesas de hombres donde se hablaba de temas que me apasionaban y a nadie le importaba lo que yo pensara, no sabía si ofenderme o concluir que yo debía ser muy poco interesante. No tenía la claridad de la escritora canadiense Mavis Gallant, que en su cuento "Variaciones del exilio" se siente insultada por cómo "en lo que concernía a las mujeres, los hombres se sentían satisfechos con casi nada. Si cada mujer era una situación, era de alguna manera la misma situación, y lo que se esperaba de la mujer —de la situación— era tan limitado que era insultante". Ella tenía una alta opinión de lo que podía hacer y de lo que podía dar, dice "sin embargo se terminaba reduciendo a '¿Eso es todo? ¿No esperas nada más?'". Nunca pude, como ella, enojarme claramente, me faltaba su seguridad. Envidié a las mujeres que cumplían su rol asignado. Envidia o desprecio o las dos cosas. Tardé una vida en hermanarme con ellas.

Treinta años más tarde, mi primer amor no se había convertido en el gran hombre que habíamos soñado. Tenía varios intentos de suicidio. Yo no pensaba en ninguna de esas máximas cuando lo veía. No pensaba en grandes hombres y grandes mujeres. Sentía la tristeza de haber traicionado el amor que nos teníamos.

Del otro lado de los postigos el viento hacía sonar las hojas de la areca. Clic clic clic, como uñas. El carpintero se despertó y me acarició el brazo, la nuca, el hombro. Me empujó suavemente para tocarme la parte baja de la espalda, la cola, fue bajando a las piernas. No hagas nada, me dije, no pienses, no apures, no temas, dejate hacer. Me entregué a sus manos. No hagas nada. No pienses. Pero sabía que no me iba a mojar, aunque estuviera desarmada de deseo, mi cuerpo no lo iba a mostrar de esa manera.

—El gel —dije.

—No —dijo—. Esperá.

Se quedó muy quieto. No quería que le hiciera nada. Ni la boca ni los dedos rápidos ni la mano lenta. Era como si estuviera él solo. Lo rodeé con las piernas. Él tenía los ojos cerrados y trataba, trataba, trataba, pero no.

Quedó el veneno. El veneno siempre se convertía en comentarios hirientes.

Fuimos al mercado y soltó uno tonto y obsceno que se le habría aferrado a la lengua barranca abajo al mercado y barranca arriba de vuelta a casa como si llevara las sábanas a la rastra por la vereda, secas.

—Qué carácter —le dije y se ofendió con el collar de todas las ofensas.

En casa se sentó a mirar su teléfono. Le ofrecí un vaso de agua.

Querido carpintero: ¿qué vamos a hacer ahora que nos quedan estos años, estos cuerpos, estos dolores de huesos, estos temblores, los fríos premonitorios, ahora que pasaron los calores, ahora que lo peor quedó atrás, las luchas, los abandonos? Sé mi aliado, dejemos toda pretensión de proezas, pero no te enojes, por favor no te enojes.

Se despertaba a la mañana, se sentaba en el borde de la cama de cara a la pared, lo miraba levantar los brazos y cruzarlos por encima de la cabeza para sacarse la remera tirando hacia arriba, sus modos de hombre, la comba compacta de su espalda, se ponía otra remera, los pantalones, las medias, los zapatos con calzador, se ataba los cordones. Me gustaba su cuerpo. Me gustaba el largo de su tibia, ya lo dije, me gustaban sus muslos fuertes, sus pantorrillas, el culo enjuto y arrugado, la panza dura. Tenía la contundencia de un hombre de su edad que come mucho y toma alcohol y lija, talla y martilla y arma estantes, mesas, juguetes. No podía hacer abdominales, se acalambraba, los músculos de los brazos no conseguían más de unas pocas flexiones, no las hacía, de todas maneras. Sostenía que nuestro desencuentro sexual tenía que ver con las posiciones. Pergeñaba algunas incomprensibles o imposibles para mí. Podría haber usado el berbiquí para inventar un sistema de poleas; sus inventos eran tan complicados que deberíamos habernos manejado con instrucciones previas: A, B, D, C, N, H, J, cada letra con su raya al dibujo. No se lo dije. No le hubiera hecho gracia. No hubo forma de que entendiera que el problema era otro, que hacía falta que me mirara, que su cuerpo se conectara con mi cuerpo, que nos buscáramos con los brazos y las piernas y las manos y los pies y la boca y los ojos y las pestañas y el pelo y el cuello y la nuca y la espalda y los flancos para decirnos que estar juntos era una celebración, un júbilo tocarnos, besarnos, abrazarnos, sostenernos, lamer las heridas del otro. Ya es bastante inclemente la vida afuera para que metamos en nuestra madriguera el desprecio.

—Sí, pero coger es coger.

Su tibia, su fémur, su húmero.

Después de la muerte la matriz intercelular mineralizada de los huesos perdura, conservándose durante largo tiempo. Esos restos óseos no son verdaderos huesos. Conservan la forma, pero han perdido los vasos sanguíneos, los nervios, la médula ósea, todas las células vivas. Carecen de capacidad de crecimiento y regeneración.

“Y si no puedes hacer tu vida como la quieres, / en esto esfuérzate al menos / cuanto puedas: no la envilezcas / en el contacto excesivo con la gente, / en demasiados trajines y conversaciones. / No la envilezcas llevándola, / trayéndola a menudo y exponiéndola / a la torpeza cotidiana / de las compañías y las relaciones, / hasta que llegue a ser pesada como una extraña”, escribió Kavafis en su poema “Cuanto puedas”. Lo he leído infinidad de veces y cada vez sé que tiene razón y me juro que le voy a hacer caso. Me pregunto qué me diría si supiera que empiezo el día con reproches.

El novio personal trainer de mi amiga me dijo: Hoy en día a tu edad el que no hace gimnasia es como si fuera analfabeto; los gimnasios deberían estar llenos de personas de nuestra edad. Es diez años menor que yo.

Empecé gimnasia. El profesor del gimnasio de mi barrio se llama Ramiro y no había nacido cuando yo hacía setecientos abdominales por día en cinco clases diarias en las que entrenaba a más de cien alumnos, cuando, a pesar de mi juventud acojonante y las cinco horas de gimnasia diarias, me miraba en el espejo y me decía que tenía que perder unos kilos. Siempre tenía que perder unos kilos. Postrauma del doctor Subí.

Ramiro tiene sueño a la mañana temprano, ojos muy negros, voluntariosos, ojos de alguien que sabe, que estudió para ese trabajo. Cuando me muestra los ejercicios es preciso, no le cuestan ningún esfuerzo, el cuerpo va adonde él dice. Conozco ese sentimiento. Antes mi cuerpo no me desobedecía, no se plantaba, terco; ahora me es un desconocido rebelde. Mi cuerpo está contento de que haya vuelto al gimnasio, le duele, le cuesta, pero está contento. Ahora ya no hago gimnasia para tener un cuerpo ideal, ahora hago gimnasia con una cadera operada, el manguito rotador, dolor de rodillas; a veces creo que no voy a poder ni por casualidad hacer los ejercicios que Ramiro me muestra. Se me cruzan imágenes de rehabilitación, reeducación, personas recuperándose de accidentes graves, luchando contra una discapacidad. Creo que, si nos damos tiempo, mi cuerpo y yo podríamos hacernos amigos. ¿Éramos amigos antes o teníamos una relación de sometedor-sometido en la que ahora cambiamos los roles?

Cuando hacía gimnasia, transpiraba. Mi cuerpo estaba lleno de olores, la transpiración olía, el sexo olía. Ya no. Casi no transpiro por el esfuerzo. El cuerpo levanta el peso, diez quilos, no más, diez repeticiones, no más. Arde, insisto, hay alegría en hacerlo. Cuando

vuelvo a casa no es necesario un baño. Antes se me pegaba la ropa al cuerpo, me entraba el sudor en los ojos. Ahora mi cuerpo tiene una digna compostura inodora. Quiero decirme que está bien. Lo que sea está bien.

No quiero evangelizar como Charles Atlas en las revistas *El Tony* y *D'Artagnan*, no quiero decir que encontré la solución a los males de la edad, pero empecé a ir al gimnasio tres veces por semana —sí, tres— y algo cambió, algo que es, también, el culo. El problema, dice Ramiro, es que hay personas que detestan la gimnasia. Para ellas es una tortura venir.

Empiezo a pensar, cuando respiro con ritmo y hago los ejercicios, que la relación de amor-odio con la materia de la que estoy hecha puede ser más gozosa, que hay una alternativa al fastidio, a la decepción perpleja. La decisión de buscar otra manera de envejecer acaba de formarse. Todavía no sé envejecer.

Tres veces por semana me subo a mi bicicleta y pedaleo hasta el gimnasio. A cuatro cuadras de casa, al principio de la primavera, el aire huele a azahares. En el gimnasio hay poca gente, mala música, determinación, miradas de soslayo en los espejos. También de esto me tendré que despedir algún día.

A mi hija le da vergüenza, ahora, ese viaje a Nueva York.

Me deberías haber dado un buen cachetazo, dice. Si le hubiera dado un buen cachetazo me guardaría rencor, me lo echaría en cara. Algún rencor le debe guardar a mi sometimiento.

Aprendí tarde a reconocer el poder de la víctima en esas situaciones. Me pregunto cuánto habrá avanzado ella en el conocimiento de ese baile inconsciente que nos vino en la sangre, parte de nuestra herencia.

Nos contamos cosas, ahora, ella se ríe más de mí, las dos nos reímos más de mí. A veces tengo miedo por ella, cuando la veo y pierdo de vista que ella no soy yo a su edad. Otras, siento una confianza entregada a la vida y lo que sea que le vaya a traer, como si fuera posible darle la bienvenida a todo.

“Pero el cuerpo forma parte de nuestra identidad, y sus aflicciones y descontentos, su terquedad de burro para negarse a hacer lo que ‘debería’ hacerse, destruye nuestro respeto por nosotras mismas. Las arrugas que dibujan en la cara una vida entera como una carta a los más jóvenes son angustiantes cuando nos miramos al espejo. Pero esa es la prueba, ¿no es cierto? ¡Cuánto desprecio sentí por las mujeres que trataban de parecer más jóvenes de lo que son! ¡Qué hermosa me parecía una cara envejecida! Si mis arrugas me importan ahora es porque fracasé en una evolución hacia lo que me está pasando internamente”, dice May Sarton.

La doctora que imaginé en la cola de esquiadores con el doctor Vargas me devuelve la llamada. Me di cuenta de que en mi encuentro con ella me enfoqué en el problema del falso prolapso de útero y dejé muchas preguntas sin hacer. Y quiero preguntarle sobre los estrógenos, chequear la información para no reproducir datos falsos.

Estoy sentada en un restorán frente a un gran ventanal. Hace días que tratamos de hablar y no lo logramos y no quiero desperdiciar la oportunidad. Vengo de una de esas mañanas de agenda apretada y me acabo de bajar del tren porque necesitaba comer algo. El mozo me trae el plato humeante en el momento en que la doctora me llama. Su voz es como ella, seria, precisa, cariñosa.

Anoto hasta los datos que ya sé porque siempre tengo miedo de equivocarme: en la premenopausia las mujeres dejamos de ovular porque dejamos de producir progesterona, de ahí los ciclos irregulares, la montaña rusa de las menstruaciones copiosas y después nada y después otra vez hasta el agüita y un día ya no más.

—No todas las mujeres son iguales. Algunas pasan esa época sin pena ni gloria. Algunas ni siquiera tienen calores.

Ni calores ni dolores de articulaciones ni insomnio. No es bella la envidia y la comida se está enfriando.

Los calores son por la caída de los niveles de estrógeno. Le pido que me hable del peligro de reemplazarlos.

Hay que estudiar bien la historia clínica, los antecedentes. En un tratamiento de reemplazo hormonal, crecen las células que tienen afinidad con los estrógenos —las de las mamas y las del endometrio—, hay que tener cautela. No se puede menstruar toda la vida. Los tratamientos tienen un lapso acotado.

Los receta en muy contadas ocasiones cuando la paciente está sufriendo innecesariamente. Se me cruza la sensación de que sufrí innecesariamente.

Me pregunta por el carpintero.

—No funcionó —le digo—, los preparativos fueron en vano. Los óvulos de estrógenos localizados, la crema. No llegué a comprar las bolas chinas.

—Qué pena —dice—. Ya va a llegar otro.

No estoy tan segura como ella. Le pregunto por la octogenaria que armó pareja durante la pandemia y la consultó para retomar la vida sexual. Le dio estrógenos locales. Y gel.

—Tuvo el sexo más placentero y libre de su vida —dice.

Lo dice con un orgullo que yo necesito.

—La vagina es sagrada. Una mujer puede seguir siendo multiorgásmica toda la vida.

Hablemos de la envidia, carpintero.

Dani me manda un mensaje:

Hoy hace trece años que murió mi papá lo recuerdo con todo cariño.

Un día el vecino, que vive en el barrio hace cuarenta años, vino a casa a ayudarme a solucionar un problema con el tanque de agua. Mientras ajustaba una llave de paso, me contó que el padre de Dani era un alcohólico abusivo y maltratador. Se decía en el barrio que había empujado a la madre de Dani por la escalera cuando estaba embarazada de ocho meses.

En estos días me volvió el síntoma del corazón en la caverna. El resto de mi cuerpo desaparece y solo queda ese espacio inmenso donde reverberan los latidos. No llega a ser totalmente desagradable, lo que siento se parece más bien a un temor reverencial. Me pasan otras cosas: voy caminando por la calle o sentada en el colectivo mirando por la ventanilla y veo la gente pasar, casi todos llenos de propósito, enfrascados en su mundo, sea cual sea ese mundo; miro las fotos de las noticias en el diario, leo las noticias, paseo a toda velocidad por las redes, imágenes, imágenes, imágenes, nuevas, viejas, de gente viva, de gente muerta que estaba viva en la foto, caras, sonrisas, alegría, desesperación, locura. Es como un río torrentoso de vida hecho de vidas. No va a detenerse cuando yo ya no esté. Y es como si reemplazara al Dios de mi infancia y de mi adolescencia por este río.

Hace tres años alguien me contó que el novio con el que fui a Bangkok tenía un cáncer terminal. Conseguí el teléfono y me animé a una videollamada. No sabía qué quería decirle. Que cada vez que lo volví a ver —dos veces extrañas y fugaces en cuarenta años— sentí ese hilo que me ata a algunas personas. Lo que no había podido entender de nuestro desencuentro seguiría en el misterio, pero necesitaba escucharle la voz, despedirlo, supongo. Sonaba alegre, me habló de su cáncer con liviandad, había salido al jardín para hablar conmigo, estaba tomando una copa de vino blanco que brillaba entre sus dedos.

Quise volver a hablar con él, pero ya no tenía el mismo número. No era posible que se hubiera muerto y que yo no me hubiera enterado. Pensé por un instante que él no quería hablar conmigo.

Un martes apareció un mensaje suyo en mi celular. Estaba viajando a Buenos Aires en dos semanas y quería verme. Me dijo “estoy decrépito, pero creo que me vas a reconocer”. Le dije que yo también estaba decrépita, no lo aceptó.

Nos encontramos en un bar en San Telmo. Para mí estaba igual. Claro que no estaba igual, pero estaba igual. Quería una copa de vino blanco, pero el bar tenía solo tragos. Me disculpé como si fuera la responsable. Pedimos dos old fashioned.

—Está muy bien. ¿Quién hubiera dicho que iba a estar tomando un old fashioned contigo?

Tres años atrás, cuando lo llamé, le habían dado seis meses de vida. Después del primer impacto, un día, de repente, se entregó. Así lo dijo.

—Me entregué.

No salía de la cama porque la quimio y los rayos lo dejaban en un estado tal de debilidad que no podía sostenerse en pie. Fue una época gozosa.

—¿Te despediste de todo el mundo?

—Yo no, pero todo el mundo se despidió de mí.

Sus tres exmujeres le dejaron algo en la mochila el día en que se hizo la resonancia después del tratamiento: un talismán la primera, un rosario la segunda, una carta la tercera. Cuando los médicos le dijeron que estaba limpio, que el tratamiento había hecho remitir el cáncer, no supo qué hacer.

—Eso sí que fue difícil —dijo.

Da unos pasos, pierde el equilibrio, parece que estuviera a punto de desmoronarse, pero se recupera y sigue caminando. Sonríe mucho, le brillan los ojos. Varias veces me tocó la cara con la mano abierta, tibia y amorosa. Recordamos los campos de arroz, pero dijo que no piensa mucho en el pasado. Mientras hablábamos, me miraba con esa felicidad nueva.

Salimos a la noche, a la calle iluminada, mis piernas con medias y zapatos negros, mi vestido y el tapado corto; en la juventud no mostraba las piernas, conocí tarde el disfrute de sentirlas en la libertad del aire. El frío de la noche me heló la cara. En el abrazo de despedida pensé que tal vez no nos volviéramos a ver. No tenemos cuarenta años más por delante. Cuando los teníamos, no pensé que podía no volver a verlo.

Me tomó la cara entre las manos, me metí en su mirada, había asombro allí. Estábamos parados en la vereda, en una calle por donde pasaba gente caminando, autos que iban y venían, pero éramos solo nosotros. *Para no temblar cuando el tiempo indique que ya no hay tiempo.* Nos estábamos sosteniendo en ese contacto. Todo lo inexplicable se desarmó frente a la evidencia de ese sentimiento como un rayo. *Solo me hace falta que estés aquí con tus ojos claros.* Todavía estamos vivos.

Dani pasó por casa a saludarme. Yo estaba picando una cebolla cuando sonó el timbre. Salí con el delantal puesto. No era su día libre, pero había tenido una cita con un doctor. Le había gustado mucho el doctor: le midió la presión, lo revisó, está muy bien de salud, se siente bien, pero tiene que bajar de peso. El doctor le puso una meta. Tiene que lograrla. Lo que pasa es que él se acostumbró a estar sentado todo el día en el taxi. Le gusta su trabajo, le encanta. Pero no hace ejercicio. Tiene una balanza digital. Cuando se sube, los números en la pantalla suben, suben, suben hasta que aparece una E. La E es de error. Se me cruza la imagen de él tal como lo vi ese día de casualidad, solo frente a la pizza, apoyado en la mesa de fórmica. Le daría vergüenza saber que lo vi. Me habla y señala el taxi estacionado en doble fila, como para decirme o recordarse que no va a quedarse mucho tiempo en la vereda hablando conmigo.

—Claro que te gusta el ejercicio —le digo—. ¡Jugabas tenis! ¡Eras campeón de karate!

Creo tan profundamente en lo que le estoy diciendo. Lo veo enderezarse, se le ilumina la cara. Los dos somos espectadores de su transformación. Por ese instante parados en la puerta de la casa pasa el tiempo y Dani, por fin, lo logró.

Al día siguiente me manda un mensaje:

Gracias ayer por recibirme. Yo sé que un lunes de repente a ese horario y de repente digo, de repente no estás o estás ocupada. Te agradezco. Y hay que cuidarse, hay que cuidarse. Igual yo sigo teniendo fe que puedo bajar de peso por más que hace bastante que no puedo bajar, pero yo sigo teniendo fe así que bueno, a seguir luchando, cada uno en lo suyo.

Yo le contesto que no tiene nada que agradecer, que me gusta verlo, que creo también que puede bajar de peso. Me pongo a odiar mis dudas. Le digo que todos tenemos algo contra lo que tenemos que

pelear y que es difícil y que nos cuesta.

Me gusta verlo. Me gustaría abrirme paso hasta el niño que fue, decirle que puede, que su padre ya se murió, que no tiene nada que temer. Y me siento ridícula, una animadora infantil de pacotilla.

La planta me iba a llevar a un estado alterado de conciencia y me iba a decir cosas que era necesario que yo supiera. Era distinta a todo lo que había hecho antes. La planta era reveladora.

Acostada en una colchoneta en un cuarto a media luz en el medio del campo, vi frente a mí la imagen pixelada de una reina en un trono, con una multitud de súbditos a sus pies. Yo estaba entre ellos, en ciega adoración. Pensé que la reina era mi madre, pero de a ratos era yo la que estaba en el trono, no quise admitirlo, pero era también la reina. La sometida, la reina, la sometida, la reina.

Sin previo aviso, me transformé en una ciruja con el pelo sucio y enmarañado, con paja y ramitas enredadas en el nido de caranchos en el que se había convertido mi pelo. La ciruja desquiciada. Los asistentes del chamán pasaban cantando ícaros dulces y tranquilizadores y yo estiraba los brazos como un bebé y les suplicaba amor. Quiéranme, quiéranme. Padecía y me miraba padecer. El sufrimiento era lacerante, inconsolable. Lloré y grité y extendí los brazos en ese ruego inútil hasta que el dolor se fue apaciguando y una voz en mi cabeza me habló:

Todo es y no es, dijo.

Eso era lo que la planta tenía para decirme. Soy y no soy la reina, la sometida, la ciruja desquiciada, soy y no soy cualquier cosa que me crea en cualquier momento. La realidad es y no es. Lo que pienso de los demás es y no es. Todo es y no es.

No es posible no creérsela, pero la vida es sueño.

En una época era capaz de comerme diez medialunas, doce.

En esa misma época solo quería ser amada por un hombre y me los buscaba tan poco inclinados a amarme. Era una perrita de circo, una caniche blanca con pollerita roja, siempre dispuesta.

En una época pensaba que todo era posible.

Terminar la carrera de Letras que abandoné a los veintidós años para irme de mochilera.

Enseñar literatura en un colegio secundario. Sí, sin título, ¿por qué no?

Ser maestra rural.

Estudiar antropología. O cine. O las dos cosas.

Aprender a bailar tango.

Ser actriz.

Dormir en un iglú, envolverme en el calor espeso de grasa. Escuchar la noche del otro lado del hielo.

Ser monja. Zen, en el Tíbet. Monja en un convento cualquiera en cualquier parte. Ser nimia, partícipe silenciosa de una rutina que me ayudara a desaparecer.

En esa época, a cada rato me parecía que se podían terminar los ataques de miedo, de inadecuación. Que el síndrome del impostor no me iba a afectar nunca más después de esa última vez. Para siempre. Cada vez que aparecían esas emociones de nuevo me asombraba como si hubiera sido posible que no volvieran.

Todo era posible. Vivir sin sentir angustia. Para eso bastaría algo que yo todavía no había descubierto, pero estaba ahí, al alcance, por delante, en un libro, en un curso, en un encuentro con alguien.

Ahora sé que lo posible a veces no es posible.

Ahora empieza el tiempo de aprender a dejar ir.

"¿Qué podía importar entonces si estaba renunciando al 'amor'? Resultó que sí importaba. Más de lo que había soñado jamás. Sí, no podía seguir viviendo con hombres bajo las antiguas condiciones. Sí, no aceptaría nada que no fuera un apego adulto. Sí, si eso significaba aprender a vivir sin eso, estaba preparada para vivir sin eso. Pero me era imposible renunciar a la idea del amor, aunque no a la realidad del amor. Con el paso de los años, me di cuenta de que el amor romántico estaba inyectado como una tintura en el sistema nervioso de mis emociones, enlazado a todo el tejido del anhelo, la fantasía y las emociones. Acosaba mi psique como un fantasma, era un dolor de huesos; tan profundamente incrustado en la composición del espíritu que mirar directamente su influjo me lastimaba. Sería causa de dolor y conflicto por el resto de mi vida. Amo mi corazón endurecido —lo he amado todos estos años—, pero la pérdida del amor romántico todavía lo desgarra", escribe Vivian Gornick en un ensayo sobre el feminismo del libro *Mirarse de frente*.

Les vendí el mueble del carpintero a los hombres que pasan con la camioneta y el megáfono en el techo. Salí a la calle y los vi cargarlo en la parte de atrás junto a un termotanque oxidado y un colchón lleno de manchas. Entré en mi casa antes de que la camioneta volviera a arrancar. Durante un buen rato escuché la voz por el megáfono que se alejaba. Señora. Señora. Si tiene.

El blog *The Marginalian* es el fruto de la inmensa curiosidad de la búlgara neoyorkina María Popova. Leo hace años las asociaciones que propone, los cruces entre escritores, artistas plásticos, músicos, biólogos, ornitólogos, astrónomos, gente de todo tipo de disciplinas que ella conecta con maestría, ordena por temas, con hipervínculos y recomendaciones de lectura. Se ha convertido en una especie de oráculo para mí. Como si ella y yo estuviéramos embarcadas en una conversación, cada vez que abro para leer lo que posteó, encuentro citas en sincronía con lo que estoy viviendo, pensando o escribiendo en esos días. Esta vez se trata de Ursula Le Guin en su libro *The wave in the mind*. Le Guin admite que el ideal de belleza ligado a la juventud es realista; para los viejos la belleza no viene regalada con las hormonas, como para los jóvenes. Tiene que ver con el carozo. Tiene que ver con quién es esa persona. Cada vez más está ligado a lo que se trasluce a través de las caras y los cuerpos arrugados.

Cuando se mira en el espejo, no es la vieja sin cintura lo que más la preocupa. “Es que esa mujer no se parece a mí. No es la que yo me creía que era”, dice. La vejez como un problema de identidad. Es el desafío de mirar a través de la apariencia para encontrar y conocer a alguien, a uno mismo, saber mirarse en profundidad. “No solo en el espacio sino en el tiempo”.

Reconoce un ideal de belleza y salud que nunca cambia y es siempre verdadero. No se refiere a los ideales que cambian sus reglas a cada rato y de lugar en lugar y nunca son enteramente verdaderos. Considera otro ideal de belleza, “más difícil de definir y de entender porque ocurre no solo en el cuerpo sino donde el cuerpo y el espíritu se encuentran y se definen el uno al otro”.

Es la muerte la que ilumina en última instancia el arco completo de nuestra belleza, dice. Hace un recorrido por las imágenes que tiene de su madre que murió de cáncer a los ochenta y tres años —cincuenta

años de imágenes, de fotos, de recuerdos—, la ve como una niñita pelirroja en las montañas de Colorado, una universitaria de cara delicada y expresión triste, una madre joven, sonriente, una intelectual brillante, una seductora nata, una artista comprometida, una cocinera magnífica; la ve bailando, desmalezando, escribiendo, riéndose; ve las pulseras turquesas en el brazo lleno de pecas; ve, por un instante, todo eso junto, y puede mirar algo que ningún espejo puede reflejar, el brillo del espíritu desplegándose a través de los años, tan bello.

—Antes, cuando apretaba la cuerda, se encendía la esfera —le digo al relojero.

Sostiene mi reloj como si fuera un pichón, lo está rociando y después lo lustra con una pequeña gamuza.

—Si tiene mucho olor a W40 no se preocupe, se le va a ir yendo —dice.

—Perdón, me olvidé de mencionárselo esta mañana cuando se lo dejé.

Lo apoya en la mesa, hace un tubo cerrando la mano que se lleva al ojo derecho para enfocar algo, algo que debe ser muy chiquito.

—No conviene desarmarlo por eso. Ya lo sellé con silicona cuando le cambié la pila —dice—. Estos relojes no se pueden desarmar como otros, el mecanismo viene entero. No puedo ver bien cómo es esa luz sin abrirlo.

Todo lo dice con una voz muy tranquila, la voz de alguien que hace muchos años hace lo que hace. Un reloj de péndulo suena en el local. ¿Cuántos años hará que a cada hora suena ese reloj? La gente y los autos pasan del otro lado del vidrio.

El relojero siempre está con una señora peinada con spray que es la que cobra y la que abre la puerta. Cuando se mueven en el espacio reducido del local, me hacen pensar en un baile. Hoy la señora peinada no está, en su lugar hay una chica joven. Por la manera en que sonríe cuando él habla, debe ser su nieta. Si él fuera mi abuelo, lo amaría con devoción. Me quedo mirándole las manos grandes y largas, los dedos precisos que reconocen proporciones ínfimas, algo lento y pacífico que se desprende de su manera de moverse detrás de la mesa de trabajo que parece atiborrada y ordenada a la vez como si todo fuera necesario y todo tuviera su lugar y él fuera capaz de encontrar cada cosa con los ojos cerrados.

Durante el resto de la mañana pienso en él. Ese momento en su

tienda, el intercambio con él, su calma y su largura me dijeron algo que tengo que dilucidar.

Me vine a una chacra en el campo uruguayo a escribir. Estaba sentada con mi lapicera y mi cuaderno en la mesa del comedor cuando escuché el ruido de un golpe contra el vidrio del jardín de invierno. Era un ruido que reconocí, los vidrios reflejan el cielo y los pájaros no se dan cuenta de que no es aire lo que tienen delante. Fui a ver. Una torcaza estaba tirada en el piso al costado de la maceta de los geranios. Tenía una de las alas abierta y se arrastraba empujándola contra el piso para avanzar. Me vio. Abrió muy grande el ojo oscuro, pero estaba lastimada y lo volvió a cerrar. La fina tela gris del párpado le tapó la mirada de miedo, imaginé el terror que le daría alguien de mi tamaño, la desesperación por querer salir volando para escaparse de mí.

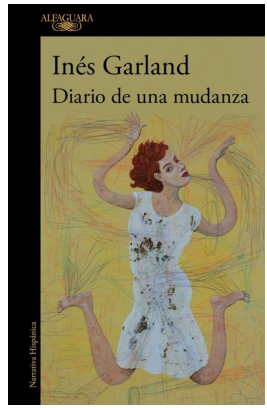
Me acerqué despacio, hablándole en voz baja para tranquilizarla. Ella abría el ojo, lo cerraba enseguida, se empujaba con el ala para alejarse. Me agaché a su lado. Abría y cerraba el pico y me daba miedo, pero no podía dejarla ahí. *Chua chua chua, ja ja ja. No cantes más torcacita, que llora sangre el ceibal*. La envolví despacio, era muy suave y tibia y sentía su corazón en mi mano. Mi propio corazón latía asustado como el de ella. La saqué al jardín sin parar de cantarle, pero mientras me agachaba para dejarla algo cambió. Fue algo que me costó entender, algo leve y contundente. Sostenía en la mano una torcaza de seda con los ojos cerrados, las patas ásperas, las uñas como espinas, pero el latido y el calor de su cuerpo contra mi palma ya no estaban ahí, el cuerpo debajo de las plumas se había convertido en cartón. Y junto con el calor se le había ido el peso, se había vuelto liviana, liviana y de cartón. La apoyé en los pastos más altos. Los pastos no se doblaron debajo de ella. La cabeza le caía para un lado.

Me acosté bajo la casuarina. La brisa me enfriaba las lágrimas. No estaba triste, no sabía por qué lloraba. Las aspas del molino dieron otra vuelta. Todo lo que me rodeaba estaba vivo. La casuarina, las

raíces bajo la tierra, el pasto, los pájaros que pasaban volando, las hormigas que iban en fila por su sendero, las abejas que escuchaba entre las flores. Yo.

Agradecimientos

Quiero agradecer a Jimena Ríos por esas cartas que fueron el primer atisbo de este *Diario de una mudanza*. A mi hija, Abril Shaw, a Belén Carballo y a Mori Ponsowy por sus lecturas y por discutirme el desaliento. A Julián López y Mercedes Araujo, que me escucharon y me dieron confianza; a Julián, además, por haber leído más de una vez correcciones agotadoras. A Alejandro Alcaraz por cada una de las veces que me asistió en mis zozobras tecnológicas. A Ana Laura Pérez por la riqueza difícil que me significó escucharla y evaluar sus palabras. A Claudia Bernaldo de Quirós por su lectura y su apoyo. A mi editora, Julieta Obedman, por el entusiasmo y la confianza en este libro, por acompañarlo hasta el final.



«Empapada. Los muslos, los brazos, el pecho, el cuello, la cara, el nacimiento del pelo, la nuca. Terminaba pateando las sábanas, las frazadas, las medias. Después, aparecía el insomnio, las catástrofes inminentes en medio de la noche».

Una mujer se despierta por las noches con mucho frío en los pies para, un rato más tarde, sentir un calor impúdico. Migrañas, cambios de humor, cólera, una lista de síntomas desordenados que no parecen responder a nada específico; el cuerpo se le vuelve desconocido. Los encuentros con los hombres y con otras mujeres parecen ahora signados por un desafío vital e inesperado, mudar la vieja piel.

Diario de una mudanza, el nuevo libro de Inés Garland, narra esa etapa de cambios en la vida de las mujeres atravesadas por mandatos atávicos. Aparece una nueva manera de leer y se revela una trama de escrituras propias y ajenas que da cuenta de los prejuicios, pudores,

silencios, cegueras históricas y batallas en busca del sentido necesario para atravesar ese desafío. Este es el diario de una mudanza que arrasa con la vieja identidad y propone una vida inesperada.

«… una sutileza que recuerda a la francesa Marguerite Duras».

CAROLINA ESSES, *La Nación*

INÉS GARLAND

Es escritora, traductora y coordinadora de talleres de narrativa. Sus obras para adultos, jóvenes y niños han sido traducidas a varios idiomas y sus relatos forman parte de antologías en diferentes lenguas. Es autora de los libros de cuentos *La arquitectura del océano* y *Con la espada de mi boca*, y de las novelas *El rey de los centauros*, *Una reina perfecta* y *Una vida más verdadera*. Publicó también las novelas para jóvenes *Piedra, papel o tijera* (ganadora del premio Deutscher Jugendliteraturpreis), *Lilo* (ganadora de los premios Ala Delta y Strega Ragazze e Ragazzi) y *De la boca de un león* (premio Alandar).
En 2018 obtuvo la beca Looren para traductores. Entre otros, tradujo a Tiffany Atkinson, Sharon Olds, Lydia Davis, Lorrie Moore, Mavis Gallant, Jamaica Kincaid, Julie Hayden y Bette Howland.

Foto de la autora: © Alejandra Urresti

Otros títulos de la autora en penguinlibros.com

Garland, Inés
Diario de una mudanza / Inés Garland. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2024.
(Hispánica)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-301-047-9

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Penguin Random House Grupo Editorial

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané
Imagen de tapa: Daniel García, *Bailarina*, 2023, acrílico y crayones sobre lienzo, 200 × 150 cm

2024, Inés Garland
c/o Agencia Literaria CBQ, SL
© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial,
inspirado en un diseño original de Enric Satué

Edición en formato digital: agosto de 2024
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para

todos los lectores.

ISBN 978-631-301-047-9

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Diario de una mudanza
Dedicatoria
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de la autora
Créditos

Puntos de referencia

Cubierta
Portada
Créditos